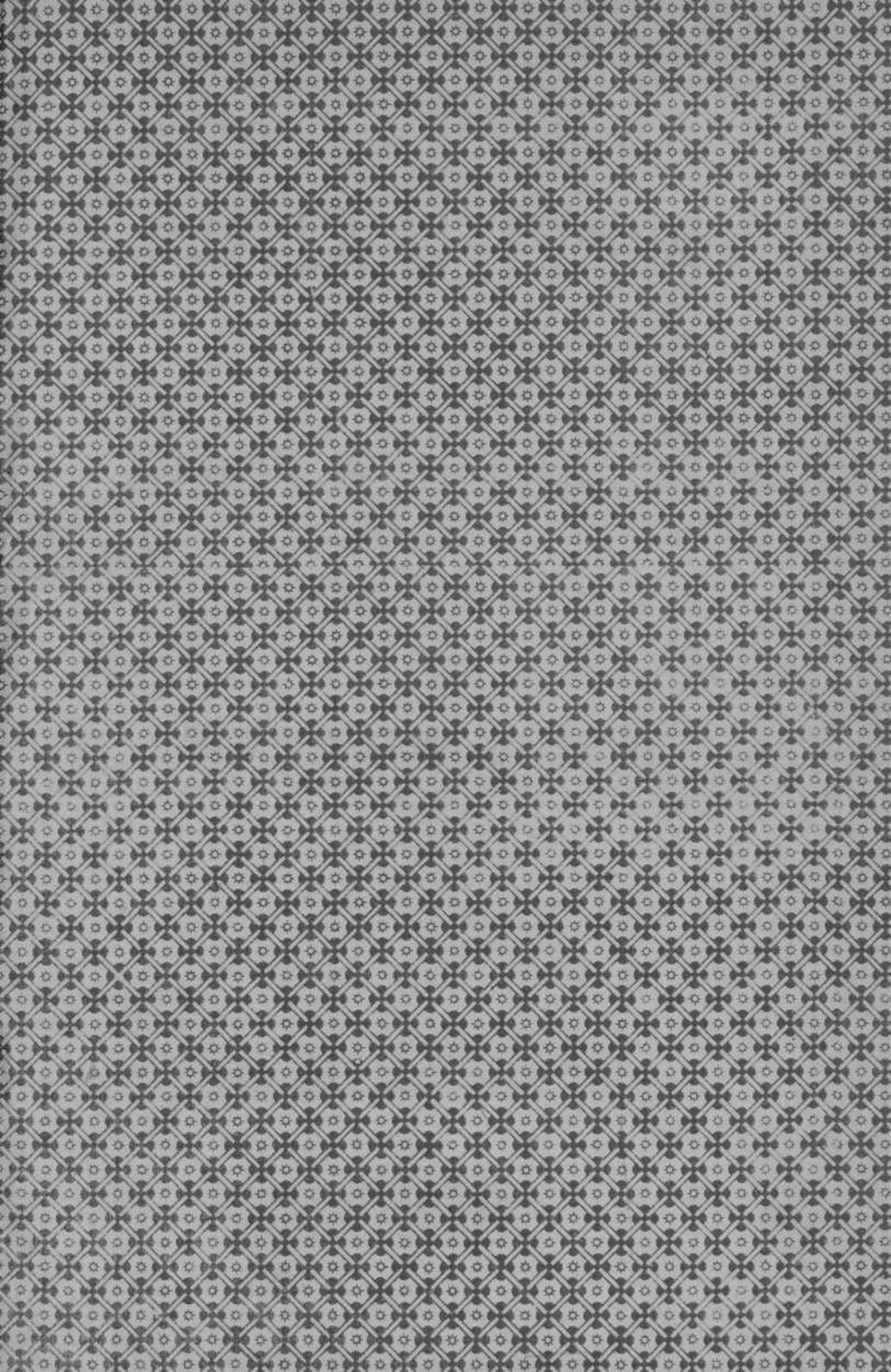




55
8-56



5-5

5-42

R. 14.117

PAELLA LITERARIA

COLECCIÓN DE CUENTOS INÉDITOS

POR

Pelayo Ayllón García



PRECEDIDA

DE UN PRÓLOGO

POR

Don Antonio Carrillo de Albornoz.



SORIA. — 1897

Tip. del Noticiero de Soria.

B. P. de Soria



61048057

SS 860-3 AYL pae

SS
860-3
AYL
pae

A mi querido primo Vicente en
prueba de sincero afecto.

Pelayo



INDICE.

- Prólogo.*
- Las pistolas.*
- El loco.*
- Los chiquillos.*
- La maldición.*
- ¿Vale algo la vida?*
- Viajes (en pequeña velocidad.)*
- De mañanita.*
- ¿Fué culpable?*
- A casarse tocan.*
- Trashumantes.*
- Risas.*
- Las dulzuras del hogar.*

Cuernos.

Los estadísticos.

Un milagro del Santo.

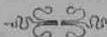
El telegrama.

Por unas hojas.

Como se casan.

El desvelo de Paquita.

Una broma pesada.



PRÓLOGO.

Si la costumbre de encabezar las obras antes de darles su definitivo destino de publicidad con unas líneas más ó menos valiosas pero firmadas siempre por escritores de alguna fama reconocida, tiene fuerza de ley, mal hizo el autor de los presentes cuentos al suplicarme la redacción de este prólogo, puesto que así colocó su «Paella» fuera de esa ley y la dejó expuesta á una crítica mas; la crítica del trabajo que me encomendára y el que no ha sabido negar mi buena amistad supliendo así la sana intención á la falta de merecimientos.

Quisiera tener una autoridad que me falta para animar al que leyere á trasponer los umbrales de esta obrita, remarcando á priori las bellezas que ha de saborear en ella, y la originalidad que en muchas de sus narraciones campea, pues de mi sé decir, que he leído con estremada compla-

ciencia éste primer ensayo del amigo Ayllón en el que si falta tal vez la profundidad de la tesis y la fuerza de esas ideas arrolladoras con que mas bien seasombra que se deleita el lector en otras fantasías literarias, existe en cambio la pintura real de tipos y lugares, la tranquila descripción de cosas posibles y nacederas, sin dejar de ser originales y aun tambien algo de ese amargo dejo de desilusión que tanto agrada en el moderno escenario de nuestras costumbres. Yo encuentro en toda la obra una perfecta semejanza con el titulo que la encaheza y no se echa de menos ni el sustancioso condimento, ni el aperitivo estimulante, pues de uno y de otro contiene muestras aceptables ya en lo profundo de la observación ó ya en lo sabroso y ático de la crítica. Existen, en una palabra, bosquejados mas bien que otra cosa, argumentos y planes ya para la novela (de lo cual hallo ejemplo en el cuento que titula «La Maldición») ya para el drama (como se deja ver en el que denomina «El Loco») ya para la sátira de tipos y costumbres como en «Los chiquillos» «Los trashumantes» y otros.

Resumiendo: Si el lector amable lee sin prejuicio

y sin apasionamiento la obra del Sr. Ayllón, sin tener en cuenta que es de un novel escritor, sin darsele un ardite de las reglas y lugares comunes de la crítica al uso y proponiéndose como el autor desea pasar un rato de solaz distraendo con enredos y descripciones imaginativas sus propios y naturales enredos y preocupaciones, confirmará mi opinión y hallará en los cuentos el solaz que buscaba... Ahora, si la presente «Paella» cae en manos de cocinero de gorro y mandil esperto en analizar y descomponer platos literarios, de fijo hará un desaguisádo con ella pues, aparte de que «El criticar y el hacer son cosas diferentes y por regla común mal avenidas, ya sabemos que «No hay peor cuña que la de la misma madera».

Por mi parte, declaro que és muy aceptable muy sabrosa y muy bien condimentáda ésta Paella á la altura de las renombradas valencianas (que son las mejores que yo conozco) para el paladar literario de

Antonio Carrillo de Albornoz.

Soria y Noviembre 1897.

Las pistolas.



Emilio Pardo y Juana Martinez formaban una pareja envidiable. Jamás matrimonio alguno congenió mejor. En los diez meses que llevaban de casados, ni la más ligera nubecilla empañó su felicidad, y la luna de miel cada día les parecía más dulce.

Contra costumbre, Emilio salió de casa después de cenar sin decirle á su mujer el objeto de la marcha. Afortunadamente para Juana, la ausencia duró poco; sin embargo, fué lo suficiente para que la enamorada esposa hiciera mil conjeturas absurdas.

¿Se hastiaría ya de ella? ¿Sentiría la nostalgia del caté? ¿Habría salido para solventar algun asunto relacionado con su carrera? ¿Tendría alguna cita con otra mujer? ¡Oh! esto la atormentaba atrozmente ¿Cumpliría algun encargo de un amigo? ¿Que sería? ¿Como no le había dicho adonde iba? El, que no tenia secretos, que para la cosa

más insignificante contaba con ella, obrar así... nada, que algo grave le ocurría.

Cuando más engolfada estaba con estos pensamientos oyó el repicoteo con que se anunciaba su esposo. La confianza volvió á anidarse en su pecho, la alegría se pintó en su rostro y sin dar tiempo á la criada para que fuera á abrir la puerta, echó á correr ella á hacerlo.

—¿Donde has ido? ¡Ay! que susto me has dado.

—Curiosilla, todo lo quieres saber.

—No te ha ocurrido nada desagradable ¿verdad?

—Al contrario, desde que me casé todo me sonríe.

—¿Y que bulto es ese que tapas con la capa?

—Ya lo verás.

—Enséñamelo.

—No, que es un secreto.

—Un secreto que no puede saber tu Juanita, es que ya no me amas...?

—Vamos mimosilla, no seas tonta.

—Me es imposible pegar los ojos, estoy intranquila, lo que está ocurriendo es anómalo: primero, salir de casa sin decírmelo; volver con un objeto; no consentir que lo vea por más esfuerzos que he hecho para conseguirlo, ser insensible á mis ruegos cuando siempre se ha desvivido por complacerme ¡Dios mío! ¿que le ocurrirá á Emilio? Si me atreviera á cogerle la llave de su despacho; pero ¿y si se despierta? probaré á ver.

.....
— Schis, Emilio, Emilio. Nada, no se despierta.

.....
Hace un rato que tengo la llave en mi poder y no me atrevo á continuar en mis investigaciones ¿que pensaría si se despertase y no me encontrara en la cama? pero esta incertidumbre... sea lo que Dios quiera, saldré de una vez de dudas.

Sobre la mesa-ministro y cubierta con papeles se halla una caja que desenvuelve Juana con suma precaucion. Con mano temblorosa le dá la vuelta á la diminuta llave con que se abre la caja, y, apenas sus ojos contemplan el contenido, un grito se escapa de su garganta.

— ¡Desgraciado! ¿que vas á hacer? El corazón

no es traidor; ahora comprendo su misteriosa salida, su obstinación en callar y ocultarme la verdad... ¡Dios mío! ¡Dentro de unas horas acaso sea viuda!... ¿Y voy á permitir que se bata? ¡Oh, no! La sola presencia de esas pistolas hace que tiemble todo mi cuerpo. Y que se trata de un duelo no hay duda ¿con que objeto sinó habria comprado esas armas? Pero no se batirá, le rogaré de rodillas que no lo haga, y si preciso fuese iría á suplicarle á su contrario, que, por muy duro que tenga el corazón mis lágrimas se lo ablandarán; pero... ¿y quién será? ¡Oh! ¡Virgen Santísima, me vuelvo loca!

Al grito que dió Juana, se despertó Emilio sobresaltado, y viéndose solo, se tiró de la cama en busca de su esposa. Los sollozos de esta lo alarmaron doblemente y se preguntaba en vano la desgracia que ocurría en su casa. Cuando vió á su mujer con la vista fija en las pistolas y retorciéndose las manos con desesperacion, lo comprendió todo.

—Ja, ja, ja, ¿que haces ahí, querida Juana?

—¡Emilio!

—¿Que buscas en mi despacho á estas horas?

—Y esas pistolas ¿que significan? ¿piensas bati-
tirme esposo mio? No lo consentiré; despreciarás
al que te ha insultado ¿verdad? dime que si ¡Oh!
no sabes lo que sufro.

—Ja, ja.

—¿Te ries?

—¡No me he de reir al ver tu injustificada alar-
ma, si ni por asomo he pensado en batirme!

—¿Pues porque has comprado esas armas con
tanto sigilo? Sales de casa sin decirme nada; traes
un objeto que no me permites ver, quiero salir de
dudas y veo que son unas pistolas ¿y dices que mi
alarma es injustificada? No sabes el susto que he
llevado.

—Si no fueras curiosa, al fin hija de Eva; pe-
ro dime ¿Que Santo es mañana?

¡Ay! es ¿verdad. El mio?

¿Y querías que no te obsequiara en ese dia?

—Vaya una ocurrencia, regalarme armas de
fuego.

—Si son de dulce, mujer.

¡Ah!...

Y un doble beso se escuchó en el silencio de la
noche.

— Y esas pistolas que significan prisiones en
tanta guerra civil? No le concierne; desprecias
la guerra insurrectiva? ¿Dices que sí? ¡Oh!

no sabes lo que son.

— ¡Ja, ja,

— ¡Ja, ja,

— ¿No me niegas al ver la injustificada alar-
ma, si el toro como he pensado en batirme!

— ¿Y nos porque has comprado esas armas con
tanto ruido? Sales de casa sin decirme nada; tienes
un objeto que no me permites ver, quiero salir de
 dudas y veo que son unas pistolas y dices que no
algun es injustificada. No sabes el suato que he
hecho.

— Si no fueras curioso, si fuéste de lavar; pe-
ro dime ¿que tanto es mañana?

— ¡Ay! es verdad. Es más.

— Y quieres que no te operen en ese día?
— ¡Vaya una ocurrencia, regalarme armas de

fuego.

— Si son de fuego, mujer.

— ¡Ah!

— Y un doble beso se echó en el silencio de la

noche.

— 41 —

El loco.

Casi todos los días, antes de ir á la oficina, acostumbraba á darme un paseito por las afueras de la población para estirar las piernas. Si mi dirección era hácia el Mirón, imprescindiblemente me encontraba un señor de luengas barbas blancas, paseándose solo por el atrio de la ermita y con una velocidad vertiginosa, como si le pagaran á tanto el metro de recorrido. No dejó de extrañarme la asiduidad del anciano y sus bruscos movimientos; sin duda por la frecuencia en tropezarlo llegó á serme simpático y quise trabar amistad con él. La dificultad estribaba en abordarlo, pues á juzgar por sus modales debía ser poco aficionado á las amistades.

Un día me atreví á darle los buenos días y, ó no me oyó, ó no quiso contestarme; pero yo que soy mas terco que un aragonés, no desmayé por eso y al día siguiente volví á saludarlo; vano em-

peño, el viejo ni me miró siquiera. Un chicuelo se apercibió de la plancha y riéndose de mi turbación me dijo.

—No le hable V., si es el loco.

—¿Lo conoces tu? vamos, dime ¿quién es?

—Toma; pues no se lo he dicho á V. ya, el loco.

—Lejos de darme por satisfecho con los antecedentes que me facilitó el chico, mi curiosidad fué en aumento, y hasta que conseguí saber la historia del loco, fué mi pesadilla constante, tanto más, cuando me dijeron que no faltaba á sus pasos cotidianos al aire libre, así nevara como si Febo nos abrasara con sus rayos.

II

—Hombre, V. que es de la localidad, sabrá ¿quien es un pobre señor que lleva un gabán hasta los pies, con todo el pelo y la barba blancos, la mirada un poco extraviada, que me lo encuentro muchas mañanas por el paseo del Miron y que segun me han dicho le llaman el loco?—le pregunté á mi compañero de mesa.

—¡Ah! si, el loco de Camparañón.

—Le agradecería á V. me diera detalles de su locura, porque francamente, soy algo curioso y ha llegado á interesarme su aspecto venerable, figurándome, sin poder decir la causa, ver en su mirada un drama terrible de familia.

— Yo no se más, si no que era el médico de Camparañón, que hará unos siete años que lo trajeron al hospital, que á los dos meses lo sacaron porque no se metía con nadie, y que desde entonces no ha faltado un solo día á sus paseos; pero si tiene V. interés en saber su historia, le preguntaremos á su antiguo criado, con el que tengo alguna amistad, y nadie mejor que el podrá informarnos, pues según dice le vió nacer.

Acepté la proposición de mi compañero y una vez interrogado el criado, he aquí lo que nos refirió.

III

Ocho años hará próximamente que D. Fructuoso Linares, tal es el nombre de mi señor, disfrutaba de una reputación envidiable como Médico

en diez leguas á la redonda de su partido, y nadie hubiera dicho al verlo fuerte y colorado que su naturaleza habia de torcerse hasta llegar al lastimoso estado en que se encuentra.

¡Quién diría al verlo encorvado y con el pelo y la barba como la nieve que no tiene 40 años!

¡Infamies! ¡engañar al hombre mejor del mundo!

Dispensen VV. este desahogo de un fiel servidor que no puede recordar sin indignarse la alevosía que cometieron con su amo.

—Hay que tener paciencia y no desesperarse ante los hechos consumados, amigo Lucas.

—Es verdad; pero cada vez que reflexiono lo que sería mi señor si no fuera por ellos, y lo que es...

Colindante á la casa de D. Fructuoso vivia la familia mas rica del pueblo, compuesta del Sr. Andrés, su mujer y un hijo. Como único, Tomasiello se crió con todo el vicio del mundo, no teniendo un capricho que no aplaudieran sus padres, ni deseo que no viera coronado á su placer. Con una educación semejante, acostumbrado á satisfacer todos sus gustos, no es extraño que el primer con-

tratiempo que se opuso á su voluntad, le pusiera nervioso y desesperado á ratos, y triste y pensativo otras veces, alterando su salud hasta el punto de tener que guardar cama, y poniendo en gran alarma á sus padres, á los que no quiso decir el motivo de su tristeza.

Viendo estos que el chico no adelantaba nada y que de dia en dia perdía el apetito, se presentaron á mi abno acongojadísimos, buscando el auxilio de la ciencia, y pidiéndole por Dios y por todos los Santos que lo reconociera detenidamente y le devolviera la salud, pues debía tener algun mal oculto que se obstinaba en negar.

D. Fructuoso los tranquilizó como pudo proponiéndoles que le axistiría, no solo como médico si que también como un verdadero amigo.

Efectivamente, á la hora de la visita se personó en casa del Sr. Andrés. A la primera ojeada comprendió que Tomás padecía una enfermedad moral, acaso de mayor gravedad que si hubiera sido física. No se desanimó sin embargo, y, como había ofrecido á los padres se propuso combatirla con igual amor y tesón; empleando la persuasión y los sanos consejos, que á veces valen mas que

los medicamentos, ya que la ciencia de Galeno era inútil é innecesaria. No obstante, para la tranquilidad suya lo examinó detenidamente, auscultándolo y reconociéndolo hasta convencerse de que no se había equivocado.

Como le preguntaran si no le recetaba nada.

— La medicina que voy á recetarte, es que se venga conmigo de paseo contestó, mas tarde ya le diré el plan que ha de seguir.

Después de hablar de mil cosas indiferentes mi señor se paró bruscamente y mirando á Tomás con fijeza, le preguntó.

—Vamos á ver Tomás ¿Que es lo que tienes?

—Yo.... nada.

—Mira, que á mi no se me engaña tan fácilmente.

—Le digo á V....

—No mientas, has de saber que les he prometido á tus padres devolverte el color á las mejillas y como buen aragonés soy testarudo.

Sé franco conmigo y desecha esa reserva que á nada conduce. Adenás los médicos guardamos los secretos tan bien como los sacerdotes: conque, hazte cuenta que te estás confesando y nada te.

mas, seré mudo para todo el mundo.

—Pero si yo no tengo ningun secreto.

—¿Quieres que te lo diga yo? ¿te cailas? pues bien, tu estas enamorado.

—¿Que dice V.?

—La verdad ¿ves? Te pones como una amapola y no sabes que responder. Dí en el clavo.

—Y aunque asi fuera, D. Fructuoso ¿Que adelantaria con eso? el que V. lo sepa ¿me hará menos desgraciado?.

—Ja, ja todos los jóvenes sois iguales, tomais por una divinidad á la primera mujer que os impresionia y os parece que el llegar á ella es mas difícil que llegar al sol.

—¡Si V. supiera que mi amor es imposible!

—Nada hay imposible en este mundo; con constancia el hombre consigue todo lo que se propone.

—No puede ser.

—¡Bah! no la amarás mucho cuando no pones los medios para conseguir su cariño.

—¿Que no la amaré? ¡Oh! D. Fructuoso, y por una mirada suya daría cuanto tengo y cuanto valgo, la vida, la libertad, todo; si desde hace un

mes no pienso sino en su hermosura; si aunque quisiera apartar la imaginación siempre la tengo delante, si no duermo, si no vivo, si no....

—Basta, basta, eso ~~para~~ para ella.

—¿Pero no le he dicho á V. que es imposible?

—Si es imposible, olvidala.

—¡Olvidarla! mas imposible aun.

—Pero ¿porqué?

—Pues... porque es casada.

—¡Diablo!

—Ya ve V. que no me queda otro recurso que arrancarme el corazón y echárselo á los perros; y aun habrá quien diga con envidia al verme, ahí va el afortunado millonario, cuando me cambiaría por el mas andrajoso de los perdioseros.

—Mira muchacho, vete á la Corte, allí hay mujeres que te harán olvidar muy pronto la pasión que te domina; de lo contrario, y te advierto que te habla el médico, no respondo de tu vida.

—¿Que abandone á Camparañón? ¿que deje de verla? ¿que deje de aspirar el aire que respira? ¿Sabe V. lo que me pide?

—Pero desgraciado ¿no ves que vá en ello tu vida?

—¿Y que me importa á mí el morir.? Cuanto antes concluya, mejor, así terminaré de padecer, para que quiero la existencia, si me es odiosa.

--¿Y tus padres, que sería de ellos si te dejaras morir.?

-Es verdad; mis pobres padres no me sobrevivirán mucho tiempo; pero ¿que le voy á hacer? ¡mi pasión es mas fuerte que mi voluntad!

—Grave es la resolución que voy á proponerte pero como médico, mi deber es salvar al enfermo aunque tenga que recurrir á medicamentos rechazados por la sociedad; y como el único que te devolvería la salud sería la posesión de la mujer amada.... ese te receto.

- Me asusta V. D. Fructuoso.

—A grandes males, grandes remedios.

—Si llegara á lograr lo que me propone, usted sería el primero en despreciarme.

—No, porque sé que no hay en la Farmacopea medicina tan beneficiosa para tí.

—En ese caso mañana sitio la plaza; pero suceda lo que suceda, conste que obro inducido por V.

¿Como se habia de figurar mi amo que el consejo que le dió á Tomás por ganar el tiempo y

distraerlo, llegaría á realizarse?

Cuando supo que era un hecho; cuando midió la enormidad de su imprudencia, al pensar que él era tan culpable por lo menos como Tomás, por haberle instado á dar aquel paso sin meditar sus funestas consecuencias; y sobre todo, al no poder tomar venganza de los adúlteros, por lo mismo de haber sido él con su impremeditación la causa de que se entendieran, hizo que no pudiendo soportar un dolor tan acerbo perdiera la razón.

—Lo que no comprendo amigo Lucas, es que D. Fructuoso quisiera vengarse, me explico la desesperación al comprender que habia producido un mal deseando hacer un bien, pero de ahí á querer hacer las veces de Juez, ó de marido ofendido.

—Es que la culpable... era la esposa de Don Fructuoso.



Los chiquillos.



Tengo yo un amigo, que siempre que salen á relucir los chicos, no puede menos de ponerse nervioso y decir pestes de ellos; verdad es que, como soltero entrado en años, es mas cómodo que un canónigo.

Alla van algunas ideas emitidas por él acerca de la generacion que viene.

«No sirven mas que para incomodar.

En todas partes abundan; pero en Soria, sobre todo, parece que llueven.

¡Y cuidado que son molestos los angelitos!

Estás paseando en soportales con un amigo, la conversacion es interesante; pues no tengas cuidado, que ya se cuidarán los niños de distraerte, bien dándote un empellon en sitio por demás delicado, bien te pisaran en un callo ó bien te tirarán del faldón de la levita, si creen que te has de incomodar.

¿Que sales de paseo con tu señora para solazar-

te un ratito? buena diversion te espera. Si es por la carretera, donde quiera que haya una pared, imprescindiblemente servirá de fronton, y si no andan con cuidado te expones á que te salten un ojo con la pelota ó que apabullen la capota de tu media naranja.

Tambien tendrás que caminar en zis-zas pues de trecho en trecho, te encuentras una docena de mozalvetes jugando á la trompa, los bolillos, la tanguilla, etc etc.

Y no digo nada cuando juegan al marro, al toro, la siga, la jalma y otros mil medios con que cuenta la edad temprana para martirizar al genero humano.

En Semana Santa no salgas de casa, pues á la debilidad y mal humor que proporciona la vigilia, al menos á mí, hay que unir ese ruido ensordecedor y con nada comparado, producido por esos artificatos de madera sin pulir llamados *sarraclas*, que, como si les pagaran á estajo, menean los dichosos chiquillos.

Si Dios ó el diablo, ó mejor dicho tu mujer, te dá un nuevo nene ¿crees que viene solo? nada de eso; viene acompañado de un ¡chachaborrin! ¡rui-

nes! ¡ruines!! ¡ruines!!! ¡aqui! ¡aqui!!... que mi destempladas gargantas, pertenecientes á otras mil criaturas mal educadas, entonan á gritos desenfrenados y hacen te des á todos los demonios.

Hay niños comprometedores que le hazen salir los colores al *Sudsum corda*.

Sobre esto recuerdo un caso que no deja de tener gracia.

En una hermosa tarde de verano tomaban el fresco asomadas al balcón, una señora y su hija Carmelita, niña de unos 6 á 8 años cuando pasó por la calle otra señora amiga que gasta una nariz parecida á una remolacha.

Apenas principiaron á saludarse las señoras, cuando Carmelita, haciendo esos gestos y contorsiones propias de los niños y llevándose las manos á la boca para dar mayor expresión á sus palabras, insultó, aunque inconscientemente, á la pobre señora en estos términos, poniendo en un compromiso á su madre.

—¡Huí mamá! ¡que nariz mas colorada! ¡hui! ¡hui! si parece un pimiento...

—Calia, hija mia, que te va á oír.

—¡Huí que fea, mamá!

Puedes comprender los sudores y la vergüenza que pasarían las señoras, y todo por la impertinencia de una chiquilla.

Si te ocurre llevarlos de visita te hacen perder la paciencia. No habrá adorno en la casa ni figura sobre las mesas que no manoseen, y menos mal, si se conforman con tocar solamente; en la mayoría de los casos quieren ver lo que tienen dentro los objetos que excitan su curiosidad, y más de cuatro veces se han empeñado en llevarse á su casa lo que les ha gustado. Una vez fué á verme un amigo, y por mi desgracia llevó consigo á un pequeñuelo de los de peor condicion. Lo mismo fué ver sobre un veador un térmometro, que, creyendo sería un juguete, le echó mano el chiquillo, y no hubo fuerzas humanas para hacérselo dejar. Por que no cogiera una llorera, y sobre todo por educación, no consentí que se lo arrancara su padre á viva fuerza, diciéndole que ya me lo devolvería cuando se cansara de él. Así me lo prometió y... efectivamente al primer perro que encontraron en la calle se lo tiró á la cabeza, haciéndolo añicos. Desde entonces el pobre señor huye de mí, avergonzado de la hazaña de su chico. Con esto

perdí dos cosas á un tiempo; el termómetro y un amigo.

Dice el adagio que los niños y los locos dicen las verdades; pero seria mas oportuno si digera que los niños (dejando aparte á los locos) son los encargados de traer y llevar todos los secretos de sus padres, pues son chismosos por instinto; asi es que te aconsejo no te fies nunca de gente que no comulga, porque te expones á sufrir un sofocon ó á que desbarates tus planes.

Pero no todo ha de ser perjudicial en los chicos; para el verano son escelentes *botijos* que se rezuman por todas partes.



La Maldición.

Como todas las noches, después de salir del Real, se reunieron los cinco amigos inseparables en un saloncillo de uno de los casinos de la Corte.

Jóvenes todos ellos y sin ninguna ocupación ni quebradero de cabeza, no trataban sino del modo de divertirse y pasar agradablemente la vida, ideando mil diabluras y dando como es consiguiente la preferencia á las aventuras en las que interviniera el sexo débil.

—Estoy preocupado dijo el Baroncito del Peral con la presencia en el palco número 7 de esa deidad, y no me tranquilizaré hasta saber quien es.

—Dificilillo lo veo, contestó el Conde de Manana.

—¡Bah!... Dadme quince dias de término y, á fé de Vizconde de Angulosa, os prometo daros los menores detalles de la vida y costumbres de esa estrangera.

—En quince días soy yo capaz de poseer esa perla, replicó el del Peral.

—Ja, ja, tu siempre tan fanfarrón.

—Fanfarrón ó nó, os apuesto una cena en Fornos á que en el tiempo fijado es mía la rubia con ojos de fuego del palco número 7.

—Aceptada, contestaron á una los otros cuatro.

—¡Insensato! ¿que te propones?

El que de esta manera increpó al Baroncito del Peral, no era otro, que un viejecillo que desde una mesa próxima á la ocupada por los cinco troneras, escuchaba la conservacion de estos y no pudo contenerse al ver el giro que tomaba la polémica.

—¿Es V., D. Ponciano? Dispense V. no lo habíamos conocido, de lo contrario nos hubiéramos abstenido de hacer una apuesta que, de seguro escandalizará á un hombre tan taciturno como vos; pero ¿que quiere V.? somos jóvenes y en algo hemos de pasar el rato.

—¡Desgraciadamente se las tocuras á que es propensa la primavera de la edad! Como ustedes he sido joven, bromista, amigo de los placeres y partidario de esas intriguillas, en las que siempre

queda una mujer deshonrada y muchas veces una familia en la miseria. Si hoy me ven V. V. siempre triste; si á pesar de haber pasado muchos años aun me roe el corazón el gusanillo llamado conciencia, lo debo á una apuesta parecida á la que acaban V. V. de verificar.

—Cuéntela V. D. Ponciano.

—Sí, sí, que la cuente.

—Me había propuesto guardar el mayor secreto de aquella humorada fatal; pero, por si puede servirles á V. V. de ejemplo y hacerles desistir en lo sucesivo de empresas como esta, les contaré mi última aventura.

* *
* *

—Salía un día de tomar unos pasteles en compañía de otros amigos, cuando nos tropezamos un grupo digno del pincel de Murillo. Una hermosísima joven de 16 á 18 Añiles, llevaba del brazo con la mayor afección y cariño, aunque con mucho trabajo, á un anciano imposibilitado.

Quedamos prendados de la belleza de aquella rosa á medio abrir y pensamos con la ferocidad

del deseo en ser los primeros en deshojarla.

Después de una acalorada discusión por cual de nosotros había de ser el encargado de seducirla, pues todos queríamos ocupar el número uno, decidimos sortearla y al que tuviera la dicha de ser agraciado con dicho número dejarle los demás el campo libre por espacio de un mes, comprometiéndose si no conseguía sus propósitos en ese espacio de tiempo, dar un espléndido lunch en el vecino pueblo de Pozuelo.

Por mi suerte, ó mejor dicho por mi desgracia, acerté con el número primero.

Al cabo de tres días supe que la joven, objeto de la apuesta, se llamaba Jacinta y mantenía con su laboriosidad á su imposibilitado padre y á otros dos hermanitos.

Lo mismo la portera de su casa que el dueño del obrador donde trabajaba Jacinta, me dieron los mejores informes de ella, asegurando que, se dejaría sacar los ojos antes que verse deshonrada.

Lejos de desanimarme este contratiempo tomé con más empeño que nunca mi papel de Tenorio.

Como era de esperar, la muchacha deshojó en un principio mis súplicas, rogándome más tar-

de en vista de mis continuos galanteos, que la dejara en paz y buscara en otras lo que ella no podía concernerme, pues su corazón no le pertenecía.

¡Era tarde! Lo que en un principio era ilusión pasajera, se convirtió en fuego abrasador, y me juré á mí mismo no retroceder ni ante el crimen con tal de ver satisfechos mis deseos.

Ni súplicas, ni amenazas ni ofrecimientos lograron disuadirla ni amenguar en lo más mínimo el amor que sentía por su novio.

Unos celos horribles de mi afortunado rival, al mismo tiempo que un amor insensato, me hicieron cometer la mayor de las villanías.

Bajo pretexto de haberse agravado la enfermedad de su padre, hice que una tarde dejara apresuradamente el trabajo y montara en un coche dispuesto de antemano, llevándola á una quinta fuera de la Capital.

Al saber su achacoso padre la desaparición de una hija tan querida, y creyendo que lo había abandonado por seguir á un amante, se sublevó su carácter recto é intachable, y esto, unido al desamparo y la miseria en que quedaba con sus pequeñuelos, hizo que, no pudiendo resistir su dé-

bil naturaleza un golpe tan rudo, lo llevase á la tumba.

Cuando se enteró Jacinta de la muerte de su padre y que por mi culpa no había podido cerrar los ojos del que le dió el ser, una llamarada de odio afluyó á los suyos, y con la rabia pintada en el semblante me dirigió esta maldición que aun llevo clavada en el pecho.

¡Miserable! ¿qué has hecho? ¡Maldito seas!



¿Vale algo la vida?



Yendo un día de paseo por la carretera de Madrid, me encontré una carta cuyo contenido es bastante original. Hice entonces algunas diligencias por encontrar á su dueño, más como nadie supo darme razón, me limité á llevarla una temporada encima por si me preguntaban por ella, hasta que un día en que hice la limpieza en los bolsillos, como tengo por costumbre siempre que se aglomeran ya muchos papeles en ellos; entre otras la metí en un cajón de mi mesa, y allí se hubiera estado por los siglos de los siglos, á no ser que hoy, revolviendo la correspondencia antigua para buscar un dato que me hacia falta, no se me hubiera presentado á la vista, como pidiéndome explicaciones por haberla abandonado sin hacer antes todo lo que humanamente fuese posible para averiguar el paradero del que la habia perdido.

Arrepentido de mi indolencia, y como de esto

hace ya bastantes años para ir preguntando uno á uno ¿conoce V. á Don Fulano? pues sería lo mismo que buscar una aguja en un pajar; me parece que el mejor medio de que llegue á oídos del interesado, es publicarla; por supuesto, sin que figuren nombres propios para que no haya lugar á resentimientos.

Por otra parte—como verán los que sigan leyendo el texto—se reduce á hacer una pregunta un tanto árdua; y pudiera muy bien alguno, aficionado á esta clase de filosofías, darse por interrogado y contestar á ella, con lo que nada se perdería, pues sabido es el refrán «de la discusión nace la luz».

La carta empieza así, con unas letras muy gordas.

¿Vale algo la vida?

«Querido amigo X: Infinidad de veces me he hecho esta pregunta, y tantas como la he hecho, otras tantas ha aperecido en mis labios esta amarga y sarcástica frase ¡Para nada!

¡Para nada! y sin embargo ¡que de precau-

nes, que de molestias no se sufren, á que medios no recurre el hombre cuando la creé amenazada!

No puedo menos de reirme al ver á ciertos tipos, forrados con pieles de los pies á la cabeza, paralizados todos los movimientos á causa de la ropa, y calado el sombrero hasta los ojos, que, en su afán por abrigarse llegan á perder la forma humana.... y todo ¿porque? por preservarse de una pulmonía.

Sin entrar en discusión acerca de la mayor ó menor probabilidad de *atraparla* por la aglomeración de abrigos, salta á la vista este dilema.

¿No son infinitamente mayores las molestias que se sufren por no *pescar* una pulmonía, que la pulmonía misma?

A esto me objetarán—como mas de cuatro veces me ha sucedido—Sí.... pero.... no consiste solo en los disgustos y dolencias de la pulmonía, sino que en muchas ocasiones esta enfermedad acarrea la muerte.

¿Y que? ¿vale la vida la pena de conservarla?

A juzgar por el afán con que la defienden la generalidad, debe ser la joya de más valor que tenemos; á juzgar por el aprecio en que la tengo

yo, es de lo mas insignificante y baladí.

Comprendo que se afane y llegue hasta lo ridiculo por salvar la pelleja, el que disfruta de la vida, el que se divierte, goza y campa por su respeto; pero el infeliz que, sufre y lucha desesperadamente por lograr un pedazo de pan que llevarse á la boca y á duras penas lo alcanza; que tema á la muerte me parece antilógico.

No hay dia que Fulanito ó Menganito, refiriéndome cualquier cosa, no sazone su conversación con estas ó parecidas palabras. Que buen rato pasamos... cuanto nos divertimos... fueron dos horas deliciosas... ya no podíamos más de tanto reir... etc etc.

¿Será esto cierto? ¿ó es que yo soy de diferente condicion que los demás? y digo esto, pues más de una vez me he encontrado en compañía de los que tanto se han divertido oyendo ó presenciando cualquier espectáculo, y, á mi me ha sucedido que, sinó me he aburrido le ha faltado poco.

Pero ese hombre está desesperado (dirás tú) ¿que le habrá acontecido para aborrecer de ese modo la vida?

Alto aquí: ni estoy desesperado, ni aborrezco

la vida, todo me es igual, el indiferentismo impera en mi ser. Únicamente hago esta pregunta ¿Vale algo la vida?

Espero de mi inolvidable amigo, que con su recto juicio y buen criterio me saque de esta duda.

Ya ha visto que para mí es un trasto viejo é inservible. ¿Me equivoco?

Tuyo afectísimo.

Z.



Viajes

EN PEQUEÑA VELOCIDAD

Arre caballito
que vamos á Belen,
que mañana es fiesta
y al otro también.

Arre burro, arreee... Maldito borrico, si por más palos que le doy siempre está en el mismo sitio. No voy á llegar á tiempo á la fiesta por este condenao, ¿qué? te paras...? ¡pero hijo de Satanás! si no es más que un charco que no lleva una jicara de agua; lo que es tú no te distingues por el valor. Anda Cerote que no te deslustrarás las pezuñas... vamos que esto es desesperante... gracias á Dios que pasaste; pues ni que fuera el rojo mar. Alguien se acerca, algún otro que vá de fiesta. ¡Calla! si es el señor boticario de Pontejes.

—¿Donde se vá compadre?

—Camino del infierno.

—¡Hombre! por Dios

—No, por Dios nó, por este arrastrao que con su calma hará que me dé á tos los diablos.

—¿Es filósofo, eh?

—Llevamos tres horas de marcha y entavía no hemos andao una legua, á este paso no veo la fiesta de Engrudillo.

—Pues allá voy yo, me la ponderó el señor Cura, y he aprovechado la ocasión de haber pocos enfermos y de estar con nosotros un sobrino que estudia farmacia, para echar una cana al aire.

—Y no le pesará á V. señor Lino, aunque me esté mal en icirlo, en mi pueblo la fiesta es muy güena. Desfigúrese V. que por la mañana hay función en la Iglesia y el Sr. Mateo, el cura, echa un sermón que le dura lo menos dos horas; y que no lo entendemos naide, ¡conque si será güeno! y el chico del tío Lagarto que sabe mucho de guitarra y de tós los estrumentos, toca el órgano por to lo alto. El año pasado tocó la Talaviata y mañana ice que tocará una cosa... así, como de zarza.

—Zarzuela querrá V. decir.

—Eso es. zarzuela. Y el Tintinillos que icen

que tiene una voz que va patiple, canta tambien en la funcion unas seguidillas manchegas, que es lo que hay que ver.

—¿Y despues de la función religiosa que hay?

—Dimpues de la funcion, salemos tos juntos y vamos á la casa del Ayuntamiento á bailar delante del señor cura y del señor alcalde hasta la hora de la comida. Por la tarde hay baile en la Plaza mayor. El gaitero es cosa güena; lo trujo el alcalde el año pasao y como nos gustó mucho lo ajustemos para este.

¿Y que bailais, jota?

—De tó señor Lino; pero sobre tó una ruda á los agarraos que es el ninplis ultra.

—Bueno, bueno, Toribio, me alegro que os divirtais. Como se va haciendo tarde voy á adelantarme, pues quedé en llegar á Engrudillo á las ocho de la noche y no me gusta faltar á mi palabra. Conque hasta mañana, Toribio.

—Vaya V. con Dios Sr. Lino y que no haiga novedáz.

*
* *

Ya ueben ser las nueve de la noche y este con-
denao de pollino cada vez ma'cha mas despacio;
arre maldito que vamos de fiesta... pus señor, no
se ve ni jota, me paice, me paice que cairemos en
algun pricipicio. Soco.... á pocos tropezones como
este te quedas sin herraduras.... lo que si no me
agarro bien salgo por las orejas.... ánimo Cerote
que nos falta poco... ¡Gracias á Dios que se vé el
pueblo! Anda que hay neso al regolver esa tapia
nos estará aguardando la Tomasa y los chiquillos.
Tomasaaa.... Daniel....

—Aquí estamos, padre ¿nos traí V. muchos
majos?

—Algo sus traigo.

—Pero hombre, que horas de venir, si hace
dos horas largas que estamos hay neso esperán-
dote.

—Que quieres mujer, si este borrico paice un
cangrejo; pa la feria lo vendo y compramos un ca-
ballo como el del señor médico.

—¿Y nos amontará V. padre?

—Si sois güenos, sí.

—Yo si seré.

—Y yó.

—Y yó.

—Veremos como sus portais, tunantes.

¡Viva el padre! ¡Viva el caballo!



De Mañanita.



Una pesadilla horrible me desveló de tal manera que no me dejó conciliar el sueño.

Por mas vueltas que daba en la cama á pesar de los heróicos esfuerzos que hice por apartar de mi mente el espectáculo tétrico y desolador que aparecía en mi imaginación ¡Nada! siempre los mismos fantasmas.

En vano fué que recurriera al rezo, á contar de una en una, á forjarme escenas entretenidas, el drama sangriento se me aparecía cada vez más patente y horrorífico.

En vista de que nada adelantaba; pues la pesadilla me perseguía con una tenacidad de aragonés; aunque con sentimiento, sacudí la pereza, me tiré de la cama y me di unas buenas duchas de agua fresca.

Y aquí me tienes, pio lector, á las cuatro de la mañana, aburrido y sin saber como matar el tiempo.

Me eché á la calle; por casualidad cruzaba, como alma que lleba el diablo, alguno que otro trasnochador, de esos que pasan la noche tirando la oreja á Jorge; algún enamorado de pelar la pava con su Dulcinea, ó algún cazador furtivo.

Según avanzaba la mañana el número de transeuntes iba aumentando. Las burras de leche, con sus cencerros al cuello, fueron las primeras en anunciar que la población daba señales de vida, á estas siguieron los jornaleros que, con paso asegurado y restregándose los ojos se dirigian á las obras; despues fuéronse abriendo las tabernas, tiendas de ultramarincs y por último los comercios de tejidos.

Ya no me pesaba el haber madrugado, al contrario; me alegré infinito presenciar un espectáculo nuevo para mí y que no deja de tener sus atractivos.

Los pies me dolian de tanto andar y ya me disponia á abandonar los Soportales del Collado, cuando nuevas escenas me detuvieron en mi puesto.

Por todas las calles y callejuelas aparecían domésticas llevando colgadas del brazo las cestas de

la compra, dando animación y vida con sus risotadas al oír los chicoleos de los asistentes que, como moscas á la miel, acuden á todas partes que frecuentan las sirvientes.

El tiroteo de frases, picantes unas, burlonas las más, que las Menegildas cruzan entre sí ó con sus respectivos acompañantes, me detienen en mi paseo matinal, y me dá pié para trazar estas mal pergeñadas líneas.

—¿Donde vas, Catalina?—le pregunta una muchacha (que para ser bonita no le falta sino la belleza) á otra algo mas agraciada.

—Pues mira, á comprar los buñuelos para el chocolate.

—¡Caramba! lo que es dinero tus amos no tendrán; pero fantasía...

—¿Has visto su bolsa?

—¡Bah! Como si no supiéramos lo tramposos que son, al que se descuida bien se la pegan.

—Es verdad, chica. A mi ya me dá vergüenza ir al fiado á las tiendas, porque en unas te dicen— «Mas les valiera á tus señoritos pagarme.»—En otras— «Oye muchacha, dile á tu ama que con lo que se gasta en perifollos tenia para quitar la

cuenta. — Y en todas así, mujer.

—Hacen bien, mientras haya tontos que les den...

—¿Y en casa? Sobre todo los primeros de mes se necesita una persona dedicada exclusivamente á abrir la puerta, ni un abogado recibe más visitas: es una risa chico, sale el sastre y entra el zapatero, á este sigue el comerciante de ultramarinos, despues viene el de tegidos, el camisero, la modista, el panadero, el ferretero, el sombrerero, el tapicero, el confitero, el casero, el carbonero, la verdulera, la aguadora, el del periódico, los conserges de los casinos ¿que se yor el diluvio...

—¿Y los reciben bien siquiera? porque algunos tras de no pagar insultan á los acreedores.

—A eso no llegan mis amos: ahora, como pueden escurrir el bulto no se presentan. A mi me tienen encargado que diga que no están en casa, y ocurre con frecuencia que los han visto entrar y me dejan por embastera.

—Pues es una ganga servir á tus señoritos.

—Tambien me divierto al ver los embrollos y embustes á que recurren para salir del paso; mi señorita se pinta sola para engañar á los pedigüe-

ños ¡que maña la suya y que modo de fingir!

—¿Como haces para enterarte?

—Nada mas facil: me escondo detrás del portiers y desde alli escucho todo lo que hablan.

—¿Y que les dice, que no tiene con que pagarles?

—¡Quiá! Es más lista que todo eso. A unos que está esperando una letra y que en cuanto la recibia no les quedaria á deber ni un céntimo; á otros que se le ha extraviado la llave de la cómoda y no puede sacar el dinero en aquel momento, que se vuelvan otro rato; en fin á todos les promete y á ninguno paga.

—¿Y de la Dolores que me dices?

—No se nada.

—¿Pero quien lo habia de decir...? tan formal como parece y ahora salirse con eso.

—¿A ver. á ver? cuéntame lo que sea.

—Otro rato, que tengo prisa y además no me gusta murmurar de nadie.

Dos pasos á la izquierda veo otro grupo, me aproximo, me hago el distaido y oigo lo que sigue.

—Si me cae el premio gordo lo primero que

hacemos es casarnos, y luego... cojo una turca que no la dejo en una semana.

—¡Claro! en vez de estarte con tu mujer te vas con una turca y te estás con ella ocho días; pues entonces que me quedaría á mí, vaya una luna de miel... yo sola ..

—Pero no seas animal Colasa, si digo que lo primero es casarnos!

—Sí, y aluego dirte con otra.

—¡Dale bola! Mira mujer, cojer una turca, quiere decir cojer una borrachera.

—Quiá, eso ices tú; pero á mí no me la das, que el Sr. Cura de mi pueblo icia: «Las turcas son mujeres como vusotras» y mira que D. Frutos es muy leido y muy escribido.

—Y otras cosas que te callas; pero á lo que voy es á probarte que una turca es una borrachera.

—Una borracha querrás icir.

—¡Colasa! ¡Colasa! que regañamos.

—Si, eso es lo que quies tú para gastarte los cuartos que arranples en el cepillo ^{con} de esas conde-nás de turcas.

—¡Cállate. que te doy un metido!

—Anda si te atreves, mal monago.

Un nuevo espectáculo me apartó de las criadas y de sus murmuraciones.

Una procesión de perdioseros se acercaba á nosotros gesticulando como energúmenos.

—¿De donde ha salido tanta nobleza? ¿donde van y que esperan esos desdiahados? ¿por qué gritan así?

—Ha salido... vaya V. á saberlo; van á la limosna, esperan un céntimo y gritan porque les habrán dado una moneda de cinco para tres (por ejemplo) y no encuentran la división exacta.

El que me contestó era un hombrecillo enclenque y extrafalario que me miraba con sorpresa y parecía tener ganas de entablar conversación conmigo.

—Pues muy sencillo, que se la jueguen á cara ó cruz.

—Como se conoce joven, que no frecuenta V estas escenas; yo hace algunos años que vengo madrugando y soy gran conocedor de todas las triquiñuelas de estos seres.

—¿Y será V. tan amable que me explique esas triquiñuelas?

—Con mucho gusto le enteraré á V., no sola-

mente lo que trata de los pordioseros, sino todo lo que ocurre á estas horas.

—Estoy dispuesto á escuchar.

Tan, tan, tan.

Las ocho, dispénseme amigo, ha dado la hora en que empiezan mis ocupaciones; si quiere V. saber la vida de las mañanas no tiene más que venirse por aquí, tendré verdadera satisfacción en participarle mis observaciones.

—Muchas gracias y hasta mañana.

—¿No falrará V?

—No.

Y efectivamente, no he vuelto.



¿Fue culpable?



—Ese Madrid, ese Madrid....

—¿Pero qué le ha sucedido á V. en Madrid para tenerle tanto odio?

—Si les fuera á contar á ustedes los episodios que he presenciado en la villa del oso y del madroño, no acabaría nunca.

—Hagan corro, señores, que nos va á contar algo bueno el Sr. cura.

—Si, sí, que nos cuente algo para entretenernos.

Hoy no puede ser ¿que diría el boticario, el juez de paz y el beterinario si faltara á la partida de tresillo?

Les echa V. una mentirilla.

—¡Jesús! ¡Estas gentes están en pecado mortal; proponerme á mí, á un sacerdote, que mienta!

—Era en broma D. Simón.

—Vaya, pues siendo así, mañana á la salida

del rosario, á todos los que asistan á el, tanto á los hombres como á las mujeres, les referiré una de las confesiones que mas me han impresionado; pero os advierto que la que no vaya á la Iglesia que no me venga luego con que si tenía que hacer la cena; si se ha caído el chico; si es hora de recoger el ganado; y otras mil trapisondas y enredos, de que ya estoy escamao, y que no son mas que excusas para no cumplir como buenos cristianos.

—Lo que es yo le aseguro á V. que no faltaré.

—Valiente curiosa estás tu para perder una ocasión donde averiguar vidas ajenas.

—Es que como sabe V. tanto, da gusto oírle.

—Y además que siempre se aprende algo oyendo al Sr. cura.

—Bueno, bueno, basta de adulaciones y no olvidar la condición de que para el que no vaya al rosario, no hay cuento.

¡Ah! Sra. Juana, se me olvidaba decirle que nos tenga V. preparado un buen fuego en la cocina.

*
*
*

Al amor de la lumbre, cada uno ocupando la

posición más cómoda posible; quien sentado en la fregadera, este en el tajón de partir la carne; aquel en un barreño vuelto boca abajo; otros en el rústico banco hecho de una tabla sin acepillar, algunos de pié recostados en la pared, se ven hasta una docena de hombres en la cocina de la Sra. Juana, esperando tranquilamente la llegada del Sr. cura para escuchar de sus labios la historia prometida el día anterior. Mas impacientes y parlanchinas las mujeres, ya empiezan á murmurar por la tardanza del párroco, y terminarían por armar un galimatias si no se oyesen los acompasados pasos de D. Simón, que llega á los pocos segundos, cesando instantáneamente los cuchicheos de las aldeanas.

Después de dar las buenas noches, se arrellana en un antiquísimo sillón de vaqueta que le tienen preparado próximo á la lumbre, pone los pies sobre el morillo del hogar, y entre sorbo y sorbo de chocolate empieza la relación anunciada, acariciando antes á sus oyentes, dándole un pescozón al que tiene inmediato, un estirón de orejas á un muchacho que ha cometido la imprudencia de ponerse al alcance de su mano, y regañar á las mu-

jeros, á unas por no estar con devoción en misa, á otras por no mandar á los chicos á la doctrina, y á todas por ponerse perifolles, como las señoritas de las ciudades.

Pero como todo tiene fin en este mundo cesaron las caricias de D. Simón y en medio de un silencio profundo, dió principio á su cuento.

Helo aquí.

Estaba admirando un precioso caliz que habian expuesto en un escaparate de la calle de la Montera, cuando sentí que me tiraban del manteo. Volvime inmediatamente creyendo sería alguna diablura de los muchachos; pero me equivoqué, era una mujer pobremente vestida, la cual me dijo una vez que le pregunté lo que deseaba.

— Señor, por favor, venga V. á confesar á una desgraciada que está muy mala.

— Aunque dispongo de poco tiempo, vamos allá, si no está distante.

— No, señor, al principio del barrio de Chamberí.

— ¡Hum! muy lejos es eso, más por mí no se diga que ha quedado nadie sin los auxilios espirituales.

Ya llevaríamos media hora de andar á buen

paso, cuando la mujer que me guiaba se detuvo.

—Aquí es:—

—Subamos inmediatamente, que tengo prisa.

—Haga V. el favor de esperar un momento, voy á preparar á la enferma para que no le cause tanta impresión su visita.

—Está bien.

—Cuando V. quiera puede subir Sr. cura—oi que me decian desde lo alto de la escalera.

—De un tirón me subí las ciento y pico de escaleras—entonces estaba mas ágil que ahora—y penetré en la buhardilla que bien pudiera tomarse por inmundo calabozo; Cuanta miseria Dios mio! Cuando mis ojos se acostumbraron á la obscuridad que allí reinaba, pues únicamente recibía luz aquel tabuco por un angosto agujero practicado en el techo, distinguí en un rincón un montón de andrajos haciendo las veces de cama y envuelta entre ellos una persona que exhalaba lastimosos ayes.

—Les dejo á V. solos—nos dijo la mujer que fué á buscarme—y dirigiéndose á la enferma.—Ten valor hija mia y haz una buena confesión, que la que como tú, ha sufrido tanto en este mundo, bien merece su recompensa en el otro—y salieron

Al acercarme al lecho un olor hediondo me echó para atrás. Haciendo un esfuerzo supremo pude llegar hasta él y contemplar de cerca el horroroso cuadro de la miseria humana.

—Hija mía, como Ministro de Dios, vengo á recibir su confesión; por grandes que sean sus pecados no tenga miedo en exponerlos, que grande es tambien la misericordia del señor y sabe perdonar á los que con fé acuden á El.

—He sido muy mala Sr. cura—fueron las primeras palabras que pronunció aquella desdichada con una voz sumamente débil.

—Pecadores arrepentidos quiere Dios.

—Aproxímese V. señor cura, me cuesta mucho el hablar y no sé si tendré fuerza ni tiempo para terminar.

—Ya escucho, cuando se fatigue puede descansar un rato y así llegaremos al fin.

Después de una pequeña pausa, sin duda para coordinar sus ideas, empezó así.

—Aunque hoy me ve V. horrible y repugnante, hubo una época en que era hermosa. No habia jóven en Salamanca, donde me he criado, que no se disputara mi amor, y de haber querido hu-

biera visto á los mas altos y encopetados personajes rendidos á mis pies.

De todas las indignas proposiciones que me hacían, esos malvados, que, porque tienen una fortuna creen no hay virtud que no se rinda á sus caprichos, servíame de salvaguardia el inmenso amor que profesaba á mi novio; un muchacho impresor con el que estaba para casarme, y así se habría verificado, á no ser por la malhadada guerra de Melilla, á la que tuvo que ir como reservista.

A pesar de repetirme una y mil veces que su amor era imperecedero, que me escribiría en todos los correos, y que tan pronto como volviera nos uniríamos con el lazo matrimonial; al verlo partir se me oprimió dolorosamente el corazón y comprendí que empezaba la época de mis desgracias é infortunios.

Al llegar aquí, una lágrima se desprendió de los ojos de la enferma y su respiración se hizo fatigosa. Le llevé un vaso de agua y después de ayudarle á que se humedeciera los labios, continuó con mas serenidad.

—No me habia equivocado, á los dos meses de

partir mi futuro, murió mi madre dejándome sola en el mundo. En los ocho días que duró su enfermedad se agotaron los pequeños recursos que había en casa y tuve que pensar en ganarme la vida.

En vez de compadecerse al ver mi triste situación y como nadie podía salir a mi defensa, en cuanto ponía los pies en la calle en busca de trabajo, me asediaban con odiosas ofertas, vendiéndome una protección que no pedía, personas que por sus cargos parece mentira llegara su osodía hasta el punto de amenazarme si no accedía a sus desvergonzados propósitos.

Para librarme de ellos, tomé la resolución de abandonar Salamanca viniéndome aquí, y para evitar en lo sucesivo el ser solicitada por nadie, tuve la idea de desfigurarme el rostro. Merced á una pomada, con la que tenía buen cuidado de frotarme todos los días, me salieron unas manchas en la cara que me afeaban lo suficiente para poder recorrer impunemente la Corte sin riesgo de ser requerida de amores.

—Hija mia, no sé todavía cuales serán sus pecados; pero la heroicidad que llevó V. á cabo

para despistar á los importunos, sacrificando la belleza para conservarse pura, siendo asi que es el don que mas estiman las mujeres, el Señor no puede menos de tenerlo en cuenta cuando la llame á su presencia.

—Se engaña V. señor cura, por mi parte no habia sacrificio: amaba con delirio y creia ser amada en igual forma ¿que me importaba aparentar una fealdad que no existía? Además cada carta que recibía de mi novio era mas apasionada ¿no le parece á V. que con amuletos semejantes era difícil desfallecer ni quebrantar mis fines?

A la terminación de la campaña tuve noticia de su vuelta ;Con que regocijo recibí tan fausta nueva! ;Que alegría la mía al saber su venida! ;Con que ansiedad conté los dias que faltaban para llegar! Mas ;Ay! que la felicidad no podia existir para mi!

Sabia que era amada y quise probar hasta donde llegaba el amor de mi novio; de aqui provienen mis desventuras ¿quien me indujo á presentarme al dueño de mi corazón con los artificios que ocultaban mi belleza? ¿Fué la fatalidad? ¿Fué mi sino? ¿Como no comprendí que lo que me hacia

despreciable á los ojos de los demás hombres, habia de serlo tambien á los suyos?

Esperaba encontrarme hermosa y altiva como cuando nos separamos y me veía desfigurada hasta el punto de costarle trabajo el reconocerme. La sorpresa del cambio marchitó sus ilusiones y en lugar de estrecharme contra el corazón, el recibimiento que me hizo no pudo ser mas frio....

Yo lo miraba, trémula, anhelante, esperando una frase de amor para asegurarle que no se habian desvanecido mis encantos; pero! Nada! sus labios pertenecieron cerrados, y en su mirada conocí que deseaba terminar la entrevista. Entonces, loca, frenética, desesperada, sin saber lo que hacía, fui á casa y me lavé hasta que desaparecieron las manchas; me contemplé al espejo, y al encontrarme bella, me sonreí como debe hacerlo Satanás cuando conquista un alma. Salí á la calle provocando á los transeúntes: necesitaba vengarme de la ingratitud de mi novio y no encontré medio mejor que el prostituirme ¡Insensata! ¡No se me alcanzaba que yo iba á ser la primera víctima!

¿A que molestarle á V. con pormenores? Sería repugnante referir á V. mi vida desde aquella

época. Al principio fuí la estrella de los salones y teatros; despues mi brillo se fué oscureciendo, hasta que, de escalon en escalón he bajado al abismo en que me encuentro. Entre el infinito número de mis amantes ninguno ha logrado inspirarme compasion; lejos de eso, mis caricias eran hijas de la hipocresía, hechas con premeditacion y calculando todo el mal que costaban. Si, Señor cura, mi mayor satisfaccion era ver deshecha una fortuna por satisfacer mis caprichos. Aborrocía á los hombres con toda el alma y no me condolian sus sufrimientos; al contrario, gozaba viéndolos cavizbajos ó desesperados.

Padre mio, yo hubiera sido buena sin la felonía que cometió conmigo mi novio; acaso si á tiempo me hubiéran aconsejado, no sería tan gran pecadora; pero al verme abandonada por todos, la soberbia me cegó, y hoy pago el justo castigo de Dios.



A casarse tocan.



I.

Don Homobono trata de casarse.

—¿Y quien es D. Homobono? me preguntarán mis lectores.

El solteron empedernido; el hombre mas rehacio al matrimonio; el que más ha censurado la cofradía de S. Marcos; el que ha jurado una y mil veces que no se casaría aunque lo ahorcasen el que ha vituperado con mayor energía el lazo sagrado; el que no ha encontrado nunca en la mujer un rasgo que la enaltezca; el que ha tenido siempre una lengua viperina y un lenguaje soez y escandaloso cuando hablaba de las hijas de Eva; el que ha dicho que, virtud, constancia, fidelidad, fé, cariño, ternura, amor, pudor, religion, honradez, son palabras ficticias y huecas en la mujer; el que por cuantos medios ha tenido á su alcance

las ha injuriado diciendo que son vanidosas., coquetas. ignorantes, sucias, ingratas, murmuradoras; que son la causa de todos los disgustos; que con su charla y su afán de traer y llevar chismes y cuentos, la sociedad no puede estar nunca tranquila; que son la ruina del sexo fuerte; que su hermosura es ilusoria, pues quitándoles los afeites, postizos y demás enredos á que recurren con el fin de engañar, las más resultan pálidas, demacradas, con el sello de la hipocresía pintado en el semblante ó con el descaro de la sinvergüenza; el que ha clasificado siempre á la mujer en dos clases: las gazmoñas, que con capa de santidad ocultan todos sus vicios, y las que con la cabeza erguida tienen prurito de hacer gala de su vida desenfrenada.

¡Y sin embargo este hombre tuvo una madre!

II.

Don Homobone se encuentra hoy en cama con reumas y en el mas espantoso abandono.

Su hermana Doña Petra, soltera tambien (no por participar de las ideas de su hermano, si no

por no haberle salido un partido aceptable) que era quien le asistía, falleció hace quince días dejando á Don Homobono en una situación bien triste; pues con su carácter, ninguna mujer quiso asistirle y se encuentra aislado completamente y sin tener quien le dé una taza de caldo.

Postrado en cama, sediento y ardoroso, sin encontrar posición que le alivie en lo más mínimo los dolores, reflexiona el modo de resolver satisfactoriamente tan angustiosa situación, y una voz interior le dice ¡Cásate!

Rechaza indignado esta idea luminosa que pudiera salvarle, busca, indaga, se mesa los cabellos y acaba por pensar en el suicidio.

—¡El suicidio! ¿Y que más suicidio que el matrimonio?— esclama á los pocos minutos. La verdad es que, yo condeno á la mujer sin saber porque ¿que motivos tengo para hablar mal de ella? ¿la conozco acaso? ¿será un ser tan perverso como yo me la he forjado? ¿ó será por el contrario un ángel terrestre, como la definen algunos?

No he tratado sino á dos mujeres; á mi buena madre y á mi hermana. A la primera la perdí siendo niño; aun recuerdo que, cuando volvía de

la escuela me esperaba en la escalera de casa con los brazos abiertos y me daba un beso, y otro, y otro, y otro, y nunca se satisfacía ;Que feliz era yo entonces! La segunda apenas hace quince días que falleció y me parece que hace un año ;Cuanto la echo de menos!

¡Pobrecilla, estaba sacrificada conmigo!

III.

Permanece callado media hora y vuelve á alzar la voz dando rienda á su monólogo.

—Si, lo que me conviene es casarme, no hay duda, á los cincuenta años no debe asistir dicha como las dulzinas del hogar doméstico; eso de que un chiquitín le tire á uno de los faldones y le llame papá, debe ser muy divertido. Decididamente, me caso.

IV.

Ha pasado un mes. Don Homobono pudo dejar la cama, y hoy le vemos en su mesa —ministro, apoyada la cabeza en ambas manos y decansando

los codos sobre la mesa. A juzgar por lo taciturno de su semblante está sumerjido en hondas cavilaciones y en su fuero interno debe librarse reñida batalla.

Por fin abandona esta postura y abriendo un cajon de la mesa saca de él una fotografia; la examina detenidamente y con un movimiento de repugnancia la arroja sobre un velador que tiene á la derecha. Vuelve á tirar del cajon y saca otras dos fotografias. Como la primera, son sometidas á un minucioso examen y colocadas con igual desprecio sobre el velador. Por tercera vez abre el cajon, estrayendo ahora una carta.

Escitada en el mas alto grado nuestra curiosidad, nos acercamos de puntillas y sin hacer el menor ruido, hasta colocarnos detras de Don Homobono, y vemos á la vez que él y sin su permiso el contenido de la carta, helo aquí:



AGENCIA DE MATRIMONIOS

Casa fundada hace

40 AÑOS

Gómez y Compañía



Sr. D. Homobono Arisco:

Muy Sr. nuestro y apreciable parroquiano: En contestación á su atenta, y cumpliendo sus deseos con la formalidad propia de esta Agencia, le remitimos á V. como muestra, tres fotografías retratos; tres buenos partidos como podrá V. juzgar por la adjunta relación, en la que á grandes rasgos, bosquejamos la historia de los originales de los retratos.

Damos á V. las más expresivas gracias por haberse dignado dar á esta casa su preferencia, y puede estar en la inteligencia de que nosotros le proporcionaremos una esposa modelo.

Aprovechan esta ocasión para ofrecerse á V. sus affemos. s. s.

q. b. s. m.

GÓMEZ Y COMPAÑÍA.

RETRATO 1.º

Srta. Bernarda Engrudillo. Es hija de un comerciante; tiene 35 ó 36 años; su caracter es comunicativo; posee á más de unas tierras en la Mancha, una máquina de hacer chorizos, otra Singer para coser, una levita, dos americanas, tres chalecos y dos pantalones de su difunto padre, en buen uso; sabe hacer calceta y zurcir unos calzoncillos, y se cree con fuerzas sobradas para llevar la cruz del matrimonio.

RETRATO 2.º

Sra. Doña Braulia Zaragata. Es viuda de un comandante de la Guardia Civil; su edad no pasará de cuarenta primaveras; está muy bien conservada; es de las que suele decirse que lo mismo valen para un fregado que para un barrido; tiene una casa en la calle de Jacometrezo que le produce de quince á veinte pesetas diarias; ha tenido muchos solicitadores, pero ha dado á V. la preferencia en cuanto ha sabido su apellido; pues se muere por las jaranas, y dice que un Arisco no

será un calzonazos como su difunto Demetrio.

RETRATO 3.º

Sra. Doña Ines Suspiros. Para decir la edad que tiene echa mano del sistema monetario, diciendo que pasa de los tres duros y no llega á los tres y medio; hace *treinta reales* que enviudó por segunda vez; su fortuna es inmensa; es sumamente devota, tanto que se pasa las tres cuartas partes del dia en la Iglesia; comulga todos los dias pares del mes y exige del que sea su marido que haga lo mismo; los viernes en su casa no se come otra cosa que pan y no se bebe sino agua; todas las tardes hace á su servidumbre rezar un rosario de quince dieces y nunca ha consentido á su esposo faltar á este rito, por muy apremiantes que fueran sus ocupaciones; como nunca ha tenido hijos, se muere por los animales, tiene de todas clases, pero sus predilectos son un falderillo tuerto y gruñon y una cotorra á la que ha enseñado á decir ¡Acuérdate de la muerte! y desgraciado del que osa mirar con malos ojos á estos animalitos.

A causa de una enfermedad se quedó calva completamente y usa una peluca hecha con los pelos de una cabra á la que tenia gran cariño; padecia de jaquecas, y cuando esto ocurre, que es con frecuencia, da la jaqueca al que está á su lado; tambien le lloran los ojos, siendo su paño de lagrimas la lengua del falderillo; tiene una mania con la que goza extraordinariamente, consiste esta en pellizcar al que tiene próximo, dando siempre la preferencia á su marido.

Ya ve V. Sr. de Arisco, que no tratamos de engañarle, pues no consignamos en la biografia de estas tres futuras esposas, sino el lado amargo. De sus dotes físicas podrá apreciar V. por el retrato.

Si quisiera V. mas antecedentes le rogamos se moleste en hacernos una visita.

Se repiten de V. affemos S. S.

q. b. s. m.

GÓMEZ Y COMPAÑIA.

Al terminar Don Homobono la lectura de esta carta, se levantó del sillón y se puso á pasear

por la sala con las manos metidas en los bolsillos: de cuando en cuando se detenía y se quedaba mirando fijamente al techo, como buscando una idea salvadora. De pronto echa a correr, coje los retratos, los hace pedazos, mira su obra, se descompone su semblante y una risa estertórea sale de su garganta.

De la *Correspondencia de España.*

Ayer fué detenido un sujeto que, en plena Puerta del Sol, quiso abrazar á la señora Condesa de X..... Reconocido por un médico, ha resultado que estaba loco.

En una cartera se le han encontrado varias tarjetas con su nombre; el infeliz es el asiduo concurrente al café Oriental, D. Homobono Arisco.

Trashumantes.

Ya llega el tiempo en que los forasteros vienen á hacernos una visita. Así como nadie se acuerda de Santa Bárbara hasta que truena, tampoco nadie piensa en Soria hasta que aprietan los calores.

Según noticias fidedignas muy en breve contaremos entre los sorianos á la familia Zascandil, que, viene á veranear á este hermoso puerto de mar (según dicen ellos á sus relaciones.) Consta la familia, además del matrimonio, de dos niñas vaporosas, espirituosas, amorosas y demas adjetivos terminados en osas, menos hermosas, que son el encanto de sus papás y la pesadilla continua de las reuniones cursis y por ende de los casinos y demás sociedades de recreo.

No ha muchos años estuvieron ya por esta tierra de la mantequilla, y por poco nos dejan sin tímpano. No se daba veladita ó cosa por el estilo, sin que ellas tomaran parte como triples ligeras; y tan ligeras, que entre las dos pesarian cuarenta

kilos (sin hipérbole.) Apenas abrían la boca y de sus cuellos de cisne salía la primera nota, estridente y chillona de la mayor, y gangosa y áspera de la otra, ya se sabía, todos los oyentes se llevaban la mano al aditamento llamado oreja, con objeto de percibir mejor la dulzura de sus cánticos, como se les decía á ella por mor de la educación; con objeto, y este era el verdadero, de amortiguar la dureza de sus chillidos.

En el vestir nos recordaban á las de Engrudillo, Regulez, etc., tantas veces pintada con mano maestra por nuestro humorista escritor Taboada.

El color más dominante en sus trajes era el verde esperanza, por lo que los maliciosos decían que significaba ó quería decir á todos que, estaban vacantes y con deseos de pescar un Juan Lanás, dijo, un marido Pero, ni las miradas incendiarias, ni los suspiros, ni las provocativas sonrisas que dirigían á los chicos, más ó menos llamados á abandonar el celibato, lograron hacerles tragar el anzuelo.

Pobres muchachas, tan formalitas, tan hacendosas y tan inocentes—como decía su mamá—y quedarse para vestir imágenes.

Risas.



Las risas son como los mártires de Zaragoza innumerables.

Las hay, desde la bulliciosa, juguetona y alegre, hasta la triste, amarga y apenada.

Hay quien se rie á dos carrillos; y quien se rie de incógnito, es decir, sin meter ruido.

Individuos conozco que, tienen risa histérica y nerviosa; cuando rien parece que les rascan á uno con cepillo, y otros que por el contrario, su hilaridad dá sueño.

Risas burlonas, capaces de hacer salir los colores al que por su desdicha es causa de ellas.

Risas cándidas ó inocentes; de estas que dan pocas, pues ya la mayoría somos unos *pillines*.

Hay risas de doble sentido; como hay cajas de doble tapa.

Risas fingidas; se distinguen perfectamente de las demás, no pasan de los dientes para afuera.

Risas que causan escalofríos; de una de estas

risas me acuerdo en este momento. Se estaba examinando un joven del idioma Francés, y al hacer la traducción al Español, se obstinó en decir *Pepino* en vez de Pipino, como repetidamente le indicó el tribunal; la risa que asomó á los labios de los Jueces, le hizo comprender que no se puede ser terco ni testarudo con los Sres. togados.

Cuando un reo está sentado en el banquillo de los acusados y observa que los graves y ceñudos Magistrados se sonrien, debe quedarse helado
es decir.....
me lo figuro yo.

Risas irresistibles; estas son de la propiedad exclusiva del bello sexo.

Risas estertóreas; como la de D. Homobono (1).

Risas hipócritas; á estas hay que temerles mas que á un nublado en alta mar.

Risas forzadas ó de educación; si fuese posible contar las que los gomesos hacen (¿hacer risas? no me suena) verifican (tampoco) ¿como lo diré yo? Vaya, con franqueza, no lo sé. Pero fijate, amable lector ó bella lectora, en cualquier sietemesino;

(1) Véase el cuento anterior «A casarse tocan».

acecha el momento en que da el sombrerazo, y de seguro, imprescindiblemente, su cara hace una mueca, su boca se dilata, se rie... por deferencia. Los horteras tambien dan un buen continjente de estas risas.

Otros se rien por costumbre; les dan una noticia estupenda, horrorifica; pues como si les preguntaran quien fué el padre de los hijos del Cebedeo, de todas maneras se rien.

Risas lánguidas; no confundirlas con las miradas ídem.

Risas halagueñas, aduladoras y melosas: estas nacen, crecen y se multiplican en las oficinas, fábricas, talleres, y en cuantas partes exista un Jefe, y si este es un adoquin, con doble motivo.

Mire V. Rodriguez (esto lo dice el Jefe) esta tarde se llegará V. por mi casa á escribirme unas cartitas ghará V. el favor verdad?

Con mucho gusto, si señor—le responde Rodriguez sonriendo—y para su capote ó inter nos, dice sobre poco mas ó menos—¿Cuando le dará un torozón á este tío que se lo lleve Pateta?

Risas estúpidas; parodiando ó plagiando á Quevedo, diré que se rien estúpidamente todos los

que tienen cara de memos y la mitad de los que no la tienen; en los primeros entran los fatucos; orgullosos y mequetrefes.

Risas francas; el que quiera ver reír de esta manera que vaya á un pueblo, y cuanto más idiotas sean sus moradores, con mayor franqueza se reirán.

Risas falsas; corramos un velo, aunque estas risas abundan mucho, su casa propia es la iglesia, y en las cosas de la iglesia un profano no se meta.

Esto lo he oído, si bien no se á quien ni donde.

Risas contenidas; deberían llamarse masculladas: las temo cuando me acometen en presencia de personas con las que no tengo intimidad. Y á propósito de estas risas recuerdo un caso que siempre lo tendré presente, por muchos años que viva.

Se representaba, ó mejor dicho, se ejecutaba una piecécita en una de las sociedades de la localidad siendo los actores Fulano de Tal y Mengano de Cual y actuaba como actriz una señorita de esta Capital. En la escena á que me refiero aparecían los dos muchachos apasionados de la Diva y le prodigaban á porfía flores y chicoleos.

A Mengano (que era la primera vez que salía á las tablas) le debieron recomendar que accionara y hablara sin miedo; y él, siguiendo los consejos, cada vez que le echaba una flor á la Señora de sus pensamientos, levantaba el brazo hasta ponerlo en línea perpendicular con el suelo, lo hacía descender con una rapidez vertiginosa, como si se estuviera dando de moquetes, y escupía las palabras sin tener siquiera la precaución de decir ¡Agua va!

Al vez el público los gestos y contorsiones que hacía aquella futura gloria de Talía, no pudo contenerse, y sin examinar si llevaba limpio ó sucio, seco ó húmedo el pañuelo, se lo metía en la boca, lo mascullaba y hacía esfuerzos extraordinarios por contener la risa que, á muchos ya les llegaba á los dientes, produciendo ese sonido tan carecterístico de hum... hum.

Risas desbordadas; hay muchos que tienen la fatalidad de reirse de esta manera, y digo la fatalidad, porque si no rompen son hombres perdidos. Cuando un chiste les impresiona, se ponen mas encarnados que una amapola, se oprimen por los ijares y se doblan por los riñones.

Risas pudorosas; cuando las niñas pasan á la

pubertad, oyen cosas que las ruborizan y que les hacen gozar interiormente; su regocijo se conoce por estas risas, apenas perceptibles.

En la música tenemos las risas de clarinete, de bombo y platillos y en si bemol. Las primeras son estridentes y chillonas; las segundas gruesas y fuertes, y en cuanto á las terceras, aunque he oído decir muchas veces «Fulano se ríe en si bemol» como me doy de bofetadas con el pentágono, nunca he podido apreciar la afinidad que tiene la risa con esa nota. Para acabar (pues para lata es bastante) haré contar la risa *sui-générís*.

Ya ve mi querido y pacientísimo lector que, hay risas donde escoger, y eso que no he consignado ni la milésima parte de las que acuden en tropel á la punta de la pluma.

¡Y dicen que vivimos en un valle de lágrimas!

¡Y hasta mis botas se rien!



Las dulzuras del hogar.

—Pero dime tu, Marcial ¿habrá nada más agradable, mas divertide y que haga mas feliz al hombre, que, al llegar á casa le salga su mujercita al encuentro y echándole las manos al cuello se lo quiera comer á besos?

—Pero ven aca, Toribio ¿habrá nada mas desagradable, mas aburrido y que haga mas infeliz al hombre, que, al llegar á casa causado de los trabajos, fatigas y sofocos propinados por sus múltiples ocupaciones, le salga su mujer al encuentro y echándole las manos al cuello se lo quiera comer á mordiscos?

—Pareces andaluz, cuando te pones á exagerar no hay hipérbole suficiente para tí. No puedo aceptar como bueno el que una mujer muerda á su marido, y más sin motivo fundado, como sucede en el caso que tu me pones.

—Ya puedes figurarte que hablo en sentido figurado; pero te aseguro que si no le pega, no es

por falta de ganas. Mas para salir airoso de esta discusion no me hace falta recurrir á los matrimonios que se bapulean, son los menos, y quiero hablar en general, no con escepciones.

—Pues saldrás derrotado.

—O victorioso.

—Desengáñate, el matrimonio proporciona muy buenos ratos.

—Y muy malos.

—Si te hace falta ropa interior, ella (la mujer) cuida de comprártela; si se te estropea la repasa la zurce, le cose los botones etc y la deja como nueva.

—Y como son dos (por lo menos) á romper resulta que tienen que ir de viejo cuando pudieran ir de nuevo.

—Ja, ja, ja, pisas un terreno resbaladizo; aquí queria que vinieras á parar, á la cuestion de la economía.

—Que ¿me querrás demostrar que gasta mas un soltero que un hombre cargado de familia?

—Matematicamente.

—Veamos.

—Pondré un ejemplo para mayor claridad

tu, ó yo, ó cualquiera, tiene un destinillo de 4.000 reales anuales que, con el descuento se le quedan en 3.600; de manera que cobra diariamente diez reales. Si presta sus servicios en una Capital de provincia de alguna importancia, el pupilaje, y ha de ser malo, le cuesta de ocho á nueve reales al dia, le quedan por lo tanto de ocho á diez pesetas al mes para vestirse, calzarse, fumar, tomar café y divertirse, en fin una ganga.

—Poco es, pero le queda. Ahora considera á ese mismo muchacho, con mujer, media docena de hijos y probablemente con suegra y alguna cuñada. Como vive en poblacion grande, la casa le cuesta un sentido, y en proporcion de la casa los demás artículos. Necesita tener criada, pues por muy laboriosa y trabajadora que sea la mujer, bastante hará con tener cuidado de los pequeñuelos, y si las enfermedades se suceden rapidamente (casi seguro) nada... el acabóse.

—Pues mira, que si te pones enfermo en una casa de huéspedes te diviertes. A más de los gastos que se originan, te ves abandonado, sin una persona que se interese por tu salud; mientras que estando casado nada te falta, y digo que no te

falta nada, porque yo prefiero el cariño, la solicitud y el esmerado cuidado de una esposa ó de una madre á todas las medicinas recetadas por el facultativo y servidas con la frialdad de una patrona.

—¿Y si la enferma es la mujer ó los hijos? ¿que entiende el hombre de cuidar a los enfermos? Tendrá que fiarse de manos mercenarias y sufrir horrosamente al ver á un ser querido padeciendo y sin poder aliviarle en lo más mínimo. El soltero se evita todos esos quebraderos de cabeza.

—¿Y las dichas que proporciona el primerorro? Que hace el primer pinito, que llama á sus padres con el ceceo tan peculiar y gracioso en los niños, que le cuenta sus adelantos en el colegio, que le premian en los exámenes, que concluye la carrera con provecho y lucimiento ¿no es esto suficiente para hacer la felicidad y dejar satisfecho al mas exigente?

—Ta, ta, ta, tu no pones de manifiesto sino el lado anverso del matrimonio; veamos el reverso. Nace el niño, y al nacer viene haciendo daños: por de pronto le cuesta una enfermedad á la madre, que, muchas veces la lleva á la tumba. Apar-

te de los gastos del equipo, médico, etc, te expones á que la madre no pueda criarlo, y échate á buscar nodriza, dale una buena soldada y mútrela á cuerpo de rey. Ves sumando y verás adonde llega un sueldo de 1.000 pesetas. Además, fórrate la nariz en bronce si no quieres perder la pituitaria. A medida que el niño va creciendo se van desarrollando sus pulmones, y sus lloros, que antes eran débiles, adquieren una potencia y una fuerza, capaces de desesperar á Job. Que llega á la edad en que se decide la suerte del hombre; como los recursos son escasos tratas de ponerlo en un oficio; pero ya se ve, el de la Fulanita, que es tan pobre como tú lo ha matriculado ¿porque no has de darle una carrerita? haciendo un sacrificio matriculas al chico, y á trancas ó barrancas, á los cinco ó seis años tienes un bachiller. En que el chico estudie una carrera universitaria no hay que pensarlo siquiera, 1.000 pesetas anuales no dán de sí lo suficiente, y las carreras especiales ¡están tan malas! Resulta pues: que á los diez y ocho ó veinte años de venir al mundo el primogénito tienes en casa un hombre inútil, un vago en una palabra.

—Eres más terco que un aragonés. Cuando te propones negar alguna cosa todo lo ves negro.

—En cambio tu lo ves de color de rosa.

—Pero volviendo al matrimonio...

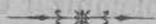
—¿Todavía?

—Es verdad, dejemos esta cuestión para cuando podamos discutirla con la práctica.

—Mira, en eso estamos conformes. Nosotros no podemos hablar del matrimonio sino por referencias. Lo mejor sería, y esto se lo he oído á mi amigo Lucas, siempre que se ha suscitado cuestión tan árdua ;Que me dejen casar provisionalmente!



Cuernos.



El mes de las flores coincide con el mes de los toros, y por ende con los cuernos.

¡Mayo! dichoso mes ¡yo te saludo!

Mes de las ilusiones; de los amores; del buen humor; de la actividad; del trabajo; de los socialistas; de los jardines; de los paseos y... de los toros. Mes en que brota la sávia en los árboles; en que corre con fuerza la sangre en las venas; en que el sol calienta y no pica; en que el tibio y vivificante aroma que exhalan las flores por doquier hace agradable la existencia; en que el gorjeo y arrullo de los pájaros hace pensar en algo grandioso y severo ¡yo te bendigo!

Las noches de Mayo en que la plateada luna...

¿Pero que tiene que ver todo eso con el título de este cuento?

—Si tan impaciente te muestras por saber el desenlace, querido lector, escucha lo que sigue.

Corría el año de gracia de... pero el año no

hace al caso.

El cinco de Mayo, cumpleaños de Paquito, se organizó, para solemnizar el santo del niño una expedición á los Royales, en el que la familia del Señor Garcia queria solozarse en sitio tan ameno.

Al efecto se preparó una suculenta y copípara merienda, y en alegre algarabía se dirigieron á la citada Dehesa los anfitriones y algunos convidados.

En una praderita, rodeada de majuelos y alfombrada con finisima hierba, se tendió un blanco mantel; y cada cual adoptó la posicion más cómoda para hacer pasar las viandas humeantes y que estaban diciendo ¡comedme! de los platos al estómago.

El murmurio del Gólmayo que, serpenteaba el improvisado merendero, hacía agradable y delicioso el sitio elegido por los protagonistas.

Todo fué bien; pues las frases chispeantes y satisicas se sucedian sin interrupción, gracias al buen humor de los comensales y al vinillo clarete que, una fresca machacha servía en copas de cristal; y era tal el consumo que se hacía del nectar, que la maritornos no se daba punto de reposo.

Como iba diciendo, todo marchaba viento en popa; pero cuando se disponían á tomar el café se presentó un convidado con el que no contaban, y que alborotó el gallinero.

Un bonito novillo, de los que suelen pastar en los Royales, debió olfatear los manjares y decirse para sus adentros; vamos allá.

El susto que recibieron los allí reunidos fué mayúsculo: unicamente Paquito se mostró sereno, y cogiendo el mantel á guisa de capote de lidia se dispuso á darle unas verónicas.

—¿Pero que haces, criatura? le dijo su madre toda acongojada.

—Ya lo ves mamá, queria torearlo; pero como es manso no acomete.

Tranquilizados al ver lo cierto de estas palabras, celebraron con risas y gritos la intervencion del jetillo y el valor de Paco.

*
* *

A los tres años de ocurrir este episodio, encontrábase por casualidad Paquito y su papá en el mismo sitio, adonde habian ido á dar un paseo, y

sostenian la conversacion que sigue.

—Hijo mio, hoy has cumplido catorce años, estas en la edad en que se decide el porvenir de los hombres, de modo que lo piensas bien y mañana me dices la carrera ú oficio que mas te guste; pues no es cosa de que continues siempre cosido á las faldas de tu madre.

—¿Y me dejarás que sea lo que quiera?

—Si, yo á mis hijos los dejo en libertad para escoger, asi nunca me podrán hacer cargos.

—Bien papá, esta noche lo pensaré en la cama.

Al dia siguiente Paquito salió del lecho muy pensativo ¿porque? pronto lo sabremos.

Después de almorzar se quedaron solos el padre y el hijo, y al ver el primero el semblante taciturno de su hijo se sintió orgulloso, creyendo que Paquito había elegido una carrera de mucho coste y no se atrevia á decirselo, así es que, sonriendo, le increpó de esta manera.

—Ya sabes lo que te dije ayer tarde, creo que te habrás decidido por la carrera que sea mas de tu agrado; veamos ¿que quieres ser?

Paquito se calla y baja la vista

—¿Quieres ser militar? ¿abogado? ¿médico? ¿arquitecto ó ingeniero? ¿cura? ¿ó te gustan más las carreras especiales?

Paquito sigue guardando silencio.

—¿Es que deseas ser artista? tampoco me opongo.

El mismo mutis por parte de Paquito, con la agravante de descoser un boton del chaleco después de darle mil vueltas entre los dedos.

—¿Pero no te atreves á mirar á tu padre? ¿es que no te has decidido?

—Si me he decidido; pera me vas á reñir si te lo digo.

—No tengas cuidado, hombre.

Paquito hace un esfuerzo mayúsculo, cierra los ojos, abre la boca y... masculla una palabra.

—¿Que has dicho, que no te he entendido?

—Que quieso ser....

—¿El que?

—Torero.

—¡Torero! ¡Y yo que creía que serías el orgullo de la familia! Vamos Paquito, que eso será una broma que quieres darle á tu padre.

—No, papá, mi resolución es irrevocable.

—Y si no lo consintiera?

—Me escaparía.

*
*
*

Han pasado unos años; la familia de Paquito (Currito en la actualidad) está en la estación del ferro-carril esperando la llegada del tren de la tarde, en el que viene el hijo discolo á curarse de una cornada que sufrió al banderillear un toro.

La impaciencia los devora, continuamente consultan al reloj, que, insensible á los dolores ajenos, marcha aconpasado y sin acelerarse. Ya no faltan mas que ocho minutos—dice el padre—¡cinco! ¡tres! ¡dos! ¡uno!.... Un silbido estridente se oye á corta distancia; los corazones de los pobres padres laten con violencia, dentro de un momento van á estrechar entre los brazos al hijo de sus entrañas. Es verdad que este hijo les ha dado muchos disgustos, mas la ternura de los padres es inagotable.

El espectáculo que se desarrolla al parar el tren es indescriptible. Allí se ve al enamorado galán dando codazos á diestro siniestro hasta lograr asirse al coche en que viene su ídolo; á la

cariñosa esposa abrazando á su marido; á la pequeña y pispoleta mujer en ciernes, gritando con toda la fuerza de sus pulmones ¡papá! ¡papá!; al palurdo aldeano, atropellando á todo el mundo con las alforjas; al vendedor en pequeño, gritando ¡mantequilla de Soria!; al granuja ¡señorito! ¿quiere V. que le lleve la maleta?

Faquito baja del tren con la ayuda de un criado que viene acompañándole; antes de poner el pié en tierra, unos brazos femeninos rodean su cuello y un ósculo prolongado que le dá su madre le hacen enrojecer y avergonzarse de su conducta.

Ya en casa, la cariñosa madre le hece mil preguntas sobre la cogida, y á puro de ruegos consigue de Paquito la promesa solemne de abandonar para siempre el ruedo y dedicarse á vida menos accidentada.

*
* *

Merced á las influencias de un tío Canónigo, de Paquiao; este se encuentra empleado en Hacienda con 5.000 reales anuales, sueldo insignifican-

para mantener con decoro y con el lujo que llevan su mujer y un niño de cuatro años, que tuvieron á los tres de casados, y que se parece como una gota de agua á otra al primo de Matilde (la esposa de Paquito). Como la sociedad es tan maldiciente y epigramática, se susurra que, Paquito quiso ser torero y es él el torreado.

¡Pícaro mundo!

Los estadísticos.



Estos seres que abundan como la cizaña, me hacen mucha gracia.

Se pasan echando cálculos toda la vida, y si á mano viene, no sabrán ganar un peseta, educar á los hijos, ni hacer cosa de provecho.

¿Que adelantarán, ni que beneficios reportan á la sociedad, con que nos digan que, si el hombre brincara en proporción á lo que saltan las pulgas, de un bote nos plantaríamos en los tejados mas altos, y que si al mismo tiempo tuviéramos la corpulencia de los elefantes, no habría montañas inaccesibles á nuestros músculos de goma *de botica*?

Conoci yo á un sujeto que, no gozaba, sino cuando colocada en su mesa pupitre y con unas cuartillas sobre la misma, resolvía. despues de emborronar unas resmas de papel, la estadística de tal ó cual cosa.

No fui una vez á su casa que no lo encontra-

ra en la misma ocupacion ¡Siempre haciendo números que parecian garabatos!

—¿Pero Don Simón, no se hace V. una baranda con tanto numerito?

—Quite V. hombre, si esto es el A. B. C.

—¿En que se entretiene V. ahora?

—¡Oh! estoy en un trabajo de suma trascendencia. Figúrese V. que, cuando tenga resuelto lo que traigo entre manos; sabré los granos de arroz que por término medio consume un chino al cabo de un dia, de un mes, de un siglo, etc; los palillos que habrá destrozado en el mismo tiempo y los que hubiera empleado si en vez de madera fueran de marfil.

—¿Y que adelanta V. con eso?

¡Que no le hubiera preguntado tal! Me miró con desprecio, por encima del hombro, como á un ser insignificante; y con ceño cegijunto y con la cara más hosca que he visto, me replicó.

—¿Que que adelanto con eso? ¡Mentecato!

¿Que sería del mundo sin nosotros? ¿De esa manera se agradecen mis desvelos, mis profundos estudios y el amor y la paciencia con que me consagro á la ciencia?

—Dispense V. Don Simón, mi ánimo no ha sido ofenderle—y para mi decía, este señor está loco.

Otro día se me ocurrió preguntarle los guarismos que empleaba en la resolución de sus estadísticas.

—No lo sé, varía según la índole del trabajo.

—Bueno ¿pero en la averiguación de las mujeres que engañan á sus maridos por culpa de los mismos, cuantas cifras hizo V.?

—Vuélvase V. dentro de ocho días y se lo diré, esta noche me pongo á trabajar sobre ello.

Efectivamente, a la semana justa, y cuando ya no me acordaba ni remotamente de tal cosa, el bueno de Don Simón me paró en la calle con un ¡Eureka! formidable, atronador.

Los transeuntes al ver á este señor con la cara descompuesta y gesticulando y dando gritos como un energúmeno, creyeron que se trataba de un loco, y gracias á mi intervención no lo llevaron á la cárcel, como quería uno de la policía.

—¿Pero qué es eso? ¿qué le pasa á V.? ¿porqué grita de ese modo?

—¡Cuatrocientos mil setecientos ocho trillones,

veinte billones, novecientos noventa y cuatro millones, seiscientos treinta y siete mil ochenta y cuatro! ni uno más ni uno menos.

—Vamos D. Simón, no se acalore V. y explíquese con mayor claridad, no comprendo nada de lo que V. me dice.

¡Cuatro mil setecientos....

—Bien, bien, vamos á casa y allí me dirá V. lo que significan tantos millones.

—¿Será posible que no recuerde V. la conversación que tuvimos el otro día?

—La verdad, no atino...

—¿No me preguntó V. el día siete cuantas cifras había empleado en la resolución de la estadística de las mujeres infieles á sus esposos?

—¡Ah!

—Ahora comprenderá V. que no estaba loco al gritar como el sábio Arquímedes, Eureka, Eureka.

—¿Y ha tenido V. paciencia para contarlas? ya se puede decir que ^{no} tiene V. nervios.

—Es que no solamente las he contado, si que también he averiguado el número de metros que tendrían puestas en fila, las vueltas que daría á la

tierra una cinta de su longitud, lo que pesa la tinta invertida, el papel que he gastado, el...

—Bueno D. Simon, otro dia me referirá V. todo eso, hoy tengo que escribirle á un amigo, así es que, con el permiso de V. me retiro, no vaya á perder el correo.

—Pues yo tambien voy á escribir un artículo sobre la conveniencia de la estadística, y creo será un escrito que ha de hacer sensación, dada la importancia del asunto.

—No lo dudo siendo obra suya.

*
* *

Si en alguna ocasion, benévolo lector, tropiezas con un escrito firmado por D. Simon Sacacuentas, te aconsejo no lo leas; pues será mas insulso y pesado que este (que ya es ser).



Un milagro del Santo.



A unos dos kilómetros de Soria, á orillas del rio Duero, á la mitad de la sierra de Santa Ana, y enclavada entre peñascos, se destaca gallarda y airosa la ermita de San Saturio.

—De buena gana haria una descripción minuciosa de este edificio que, tiene mas de natural que de artificial y del que deben estar orgullosos los sorianos: pero ni en un pequeño artículo se podrian citar las maravillas que encierra, ni yo sabria decir nada nuevo ni mejor que lo que ya han dicho muchos, entre ellos mi estimado profesor D. Nicolas Rabal, en su celebrada historia de Soria.

Me limitaré pues, á bosquejar á grandes rasgos sus partes mas salientes.

Puede entrarse á la ermita por dos puertas: la principal, que está (si mis cálculos son exactos) á unos quince metros del nivel del suelo, y la otra en la parte baja, donde empieza la cueva.

Todo el edificio, así lo perteneciente á la Igle-

sia, como lo destinado á vivienda del santero, sala reservada para los Canónigos y los salones del público tienen una vista hermosa y están colocados sobre una gran peña que amenaza desprenderse y caer en el río; dando una idea del atrevimiento del que hizo el plano.

La Iglesia está formada por un polígono octogonal, terminando su bóveda en una cúpula, pintada como las paredes, por hermosos frescos, á los que ni el tiempo ni el polvo han podido imprimir el sello de tristeza que se observa en los cuadros antiguos, debido al abandono y negligencia de cien generaciones.

También en las habitaciones destinadas al público pueden admirarse cuadros de mérito; entre ellos hay un San Lorenzo, cuya frente abrasada nunca me canso de mirar, y el arañazo que ostenta en una de las manos es digno del pincel de Ticiano.

El que quiera ver lo soberbio y asombroso de esta obra, que recorra toda la escalera interior. La pared del fondo y la techumbre son de piedra viva, encontrándose varios arcos ó cuevas á diferentes alturas y de diversos tamaños.

En la última, que es la mas espaciosa y está

rodeada de escaños de piedra de sillar, es donde celebran sus conferencias la hermandad de los Heros; y en el centro, formada por un capricho de la naturaleza, existe otra mas pequeña convertida en Capilla, con un altar dedicado á San Miguel. En una de las paredes laterales de esta Capilla, hay un ventanillo que dá al sepulcro del Santo.

Aseguran, sin otro fundamento que la tradición, que introduciendo la cabeza por el espresado ventanillo, desaparece el dolor de jaqueca por muy fuerte que sea, y á este efecto me contaron una anécdota que, sin darle entero crédito, puede muy bien ser histórica.

Dícese que una familia asaz devota, tenía un niño de unos ocho años, raquitico y enfermizo, que padecía horriblemente de jaqueca, y que un guasón ó un creyente les dijo que, si querían que el niño curase, lo llevaran á San Saturio y metiera tres veces consentivas la cabeza por el ventanillo y que al punto sanaría y desaparecerían por completo los dolores de cabeza.

Los padres del chico lo llevaron inmediatamente al Santo, y despues de rezar un padre

nuestro en la ermita, bajaron á la Capilla bienhechora, acompañándoles dos tías sumamente beatas.

Ya se disponía el muchacho á introducir la cabeza por el ventanillo—no sin haber antes sostenido una verdadera batalla con sus padres y sobre todo con sus tías, por el profundo temor que le infundía un agujero tan oscuro—cuando observó que desde el fondo del abismo le miraban unos ojos que, en su terror creyó serian los del diablo.

—¡No quiero! ¡no quiero! decia Pepito, así se llamaba el niño.

—Pues tienes que querer—le contestó una de las tías, añadiendo la otra.

—Es por tu bien, hijo mio.

—¡No quiero! ¡Me miraban unos ojos muy relucientes! ¡Tengo miedo!

—Que ojos, ni que niño muerto—gritaron las tías.

—Vaya Pepito, si metes la cabeza te compro una bicicleta—le dijo su mamá con el tono dulce y persuasivo que solo poséen las madres.

Gamas de veras debía tener de bicicleta, pues aun no había terminado de hacerle el ofrecimiento,

cuando el mozuero, con esa voz gangosa, precursora de la calma en los muchachos y enjugándose los ojos contestó.

—¿De veras?

—Si, de veras.

—¿No os separareis de mí?

—Que nos hemos de separar, hijo mio.

—Bueno, pues voy.

Apenas introdujo la cabeza por el ventanillo dió un grito espantoso, formidable, sobrenatural; el caso no era para menos. Un soberbio gato negro que tenia alli su morada, al ver á un intruso allanando sus demonios se le tiró á la cara con la fiereza que les es peculiar, haciendo presa en sus descarnadas mejillas. De un salto se puso á los pies de San Miguel y de un nuevo brinco desapareció de la Capilla dejando estupefactos á los asistentes que, no se dieron cuenta de lo que sucedia.

Las tías del pobre Pepito, que al ver desaparecer un bulto del altar de San Miguel, pensaron si sería el diablo que tiene á los pies, gritaban con toda la fuerza de sus pulmones, haciendo **mas** confusa la situacion.

—¡Milagro! ¡milagro! ¡milagro del Santo!

Y... efectivamente, un milagro fué que aquel día no se quedara ciego Pepito.

Desde aquella fecha, bien por el miedo de correr otra aventura por el estilo, ya porque desaparecieran los dolores, la verdad es, que no volvió Pepito á quejarse de la cabeza.



—¡Milagro! ¡milagro! ¡milagro! ¡el Santo!

El telegrama.

—Para la mayoría de los mortales, el recibir un telegrama es un acontecimiento. De no esperararlo de antemano, á su vista tiemblan de pies á cabeza. ¿Que ocurrirá? Quien se dirige á mí por telégrafo? ¿Se habrá muerto alguno de mi familia? Y siguen haciéndose una serie de preguntas, todas pesimistas, sin atreverse á desdoblar el papel y salir de una vez de dudas.

—Si señor, eso ocurre.

—Y tanto, que les voy á contar á ustedes un ejemplo, de que por casualidad fui testigo, que hace ver palpablemente la verdad de mi aserto.

*
**

En cierta ocasión tuve necesidad de recomponer una puerta y hacer otras frioleras de carpintería en mi casa, para lo cual necesitaba el concurso de uno del oficio, y al efecto me dirigí en busca de mi vecino Sr. Juan, hombre bonachón

como pocos aunque no muy inteligente, como verán ustedes, si bien lo suficiente para lo que yo quería de él.

Me presenté en su vivienda y ya iba á indicarle el objeto de mi visita, cuando me extrañó su aire triste y meditabundo, tanto más, cuanto él era jovial y alegre como unas castañuelas.

¿Pero que es eso, Sr. Juan, á que viene esa cara de difunto?

—¡Ay D. Justo, que desgracia! Entre V. entre V. y consuele á mi pobre mujer.

—Que, ¿ha habido malas noticias de su hijo, el sargento? ¿Lo han herido en la guerra? ¿Ha muerto tal vez?

—No lo sé, pero ya vé V. cuando dan la noticia por telégrafo...

Como es natural, yo me figuré que algún amigo les comunicaba desde el campamento noticias nada halagüeñas de su hijo; alguna acción de las tropas enemigas, de cuyo encuentro resultó mal herido, ó muerto, ó hecho prisionero; así es que, como ocurre en esos casos le dije las frases de rúbrica que todos tenemos en la punta de la lengua para desdichas semejantes.

—No hay que apurarse tanto, quien sabe, en los primeros momentos todo se abulta, acaso le valga un ascenso ó le concedan una licencia para reponerse entonces tengan ustedes la dicha de abrazarlo.

—¡Pobre hijo mio! ¡pobre Lucas!

Si acongojado estaba el padre figúrense ustedes como estaria la madre. Cuando entré á verla la encontré recostada, más bien que sentada, en una silla, teniendo en una mano que temblaba á impulso del dolor, el fatídico telegrama, mientras se enjugaba las lágrimas con la otra.

A su lado, procurando consolarla, se hallaba otra mujer del pueblo; en su rostro también se advertia gran preocupación por más que se expresara en estos términos:

—¡Por Dios señora Luisa! no se aflija V. de esa manera, quien sabe aun lo que será ¿no pudiera contener alguna buena noticia?

¡Ay! no, que me lo dice el corazón.

—De todos modos, hasta no saber la verdad..

—Claro está, mientras no se confirmen los hechos no hay que perder las esperanzas—dije yo por decir algo.

—Una vela le ofrezco á la Santísima Virgen del Pilar sino me lo han matado.

—¿Dice si es grave la herida?—pregunte.

—¡Si no lo han abierto! me contestó la mujer que trataba de animarlos, aunque en vano.

—¿Eso es cierto? ¿Pero es posible que sin saber de que se trata se desesperen así?

—¡Caramba, somos unos brutos! no nos había ocurrido que pudiéramos engañarnos.

—Mira Juan, no te hagas ilusiones ¿y si en vez de herido solamente nos dan cuenta de su muerte?

—También es verdad—respondió el pobre carpintero, rascándose la frente y sin saber que partido tomar.

—Venga, venga ese telegrama y cese la incertidumbre que les devora.

Al alargarme el papel la señá Luisa, su temblorosa mano estaba yerta de frío. Desdoblé apresuradamente el telegrama y... ¿que creen ustedes que decia?

—Probablemente no tendia relación alguna con su hijo.

—Deduzcan ustedes del texto.

«Verificada subasta hoy, adjudicada obra nuestro favor, apresúrate comprar materiales=
—Pedro Martínez.»

Por unas hojas.

A mediados de Junio y huyendo de los escesivos calores de Madrid, salió de la Corte en busca de aire donde dilatar sus pulmones, prontos á la axfisia, el obeso Filemón, en compañía de su señora y de su hija Cármen, preciosa jóven de diez y ocho abriles.

Como todas las gatitas de Madrid, Cármen la bella—así se la llamaba en el barrio—habia escuchado todo el repertorio de requiebros y galante-rías de que hacen gala y abusan hasta la exageración los mequetrefes de la coronada Villa. Esto unido á las furtivas miradas que á hurtadillas de sus padres dirigía al espejo siempre que tenía ocasión, hizo que se creyera la niña mas bonita del suelo terráqueo, y á fé que no se engañaba; pues el mas exigente no hubiera encontrado un pequeño defecto á sus esculturales formas.

Con un físico tan aceptable y un refinamiento de la coquetería tan fin de siglo, no es extraño que la vivaracha Cármen fuera el tormento de los pollos de la localidad y que tuviera tantos adoradores como abejas una enjambre.

Los jóvenes de X*** bebían los vientos por agradar en lo posible á la mimada y caprichosa Cármen y todos hubieran hecho las mayores locuras por alcanzar una de sus sonrisas.

Cármen se mostraba amable con todos sin dar la preferencia á ninguno; lo que dió lugar á que se formaran muchos la ilusión de que el afortunado rival, sería el que lograra impresionarla, ya por sus proezas, bien por su constancia, ó por algo imprevisto.

La hermosa contaba por docenas las epístolas en que en versos (la mayoría malos) y en prosa vil, le pintaban los Tenorios el fuego que ardía en sus corazones.

Algunos no contentos con esto, le dedicaban en los periódicos locales, sonetos, quintillas, romances, etc, y hasta sendos artículos encomiando sus bellas cualidades; dando lugar á los indiferentes á que se rieran grandemente de ellos.

Los jardineros se frotaban las manos de gusto y hacían su agosto, como vulgarmente se dice; pues no había día que dejaran de encargárlas media docena de ramilletes; y era de ver las graciosísimas escenas que se presenciaban de las doce de la noche en adelante debajo de los balcones de la casa en que vivía la heroína.

Como el que va á cometer un crimen, espian-do las menores sombras se iban acercando á la vivienda y cuando creían que nadie se fijaba en ellos sacaban de entre la americana ó el gaban un precioso ramo, del que pendía una cinta de seda la tarjeta del solicitante en la cual habían escrito, esmerándose en la letra, estas ó parecidas palabras «Le ruego á la hermosa entre las hermosas acepte este pequeño obsequio de su enloquecido, ferviente y rendido amante. Fulanito de Tal». Por esto, con muy buena sombra y oportunidad, decía Cármen al asomarse al balcón que, iba á ver su jardín.

Una mañana, al asomarse llevó un disgusto mayúsculo; algún chusco ó algún amante rechazado tuvo la ocurrencia de depositar en él un ramo compuesto únicamente de hojas de verza. Verlo la linda Cármen y furiosa arrojarlo á la calle fué

obra de un momento:

Al extremo de la calle se encontraban dos de sus admiradores que, al ver caer un ramo desde el balcón y creyendo se le había escapado de las manos á la jóven, echaron á correr con toda la velocidad de sus piernas.

Como los dos querian apoderarse del ramillete, el que iba detrás sujetó al otro agarrándosele á la americana, este hacía esfuerzos por desasirse de las manos de aquel y....perdida la calma, se liaron á mogicones dando un espectáculo á los curiosos.

Un tercero (que sin importársele un bledo la belleza de Cármen) transitaba por allí, fué el afortunado mortal que se aprovechó de la cachetina de los enamorados mancebos, y con la mayor tranquilidad del mundo y con un apetito á prueba de verza se engulló el ramillete, objeto de la reyerta.

Los lectores habrán adivinado en el que tan pocos ascos hizo de una de las hojas ajadas y desprovistas de aroma aperitivo, no era otro que el animal más juguetón en la infancia y mas cachazudo y zurrado en la vejez; el burro en una palabra.

Como se casan.

En una de las mesas mas apartadas del café, saboreaban el aromático líquido, sorbo á sorbo y con la misma satisfaccion que un borracho paladea una copa de aguardiente, los amigos Ortiz y Quesada.

Este último, rompiendo el mutismo y dirigiéndole á Ortiz una mirada atenta y picaresca, le interrogó con un tono entre burlon y resentido.

—Me han dicho que te casas ¿es cierto? Vaya un confianza que tienes con los amigos.

—¿Yo?

—Si hombre, tu; no te hagas el ignorante.

—¿Y con quien; se puede saber?

—Miren el muy pícaro, que callado lo tenía.

—¿Pero hablas en serio?

—Deja la reserva y cuéntame como vas de amores; me parece que la intimidad que nos une me dá derecho á preguntarte

—Te aseguro...

—¿Qué, sigues impertérrito en no disfrutar jamás de las delicias del himeneo?

—No es eso.

—¿O es que tienes el corazón tan duro que no se ablande al contemplar los encantos de nuestras bellas paisanas?

—Tampoco.

—¿Luego es verdad que te casas?

—Te juro que no he pensado en hacer tal disparate.

—¿Pero tan refractario eres al matrimonio?

—Te equivocas Quesada; lejos de ser refractario al matrimonio soy partidario acérrimo de él; lo que hay es que, como en otras ocasiones me lo habrás oído, considero una tontería, que digo tontería, crimen, y crimen con agravantes, el dejar el celibato sin tener recursos para sostener con holgura ó por lo menos con decoro, á la media naranja y los naranjitos que vayan viviendo.

—¡Bah! si se fuera á pensar en eso, limitado sería el número de los que entrarán en la cofradía de San Marcos.

—Pues yo nunca me consolaría si, cerrando

los ojos y siguiendo el ejemplo de tantos locos, me sucediera lo que á Tiburcio Patalallana.

—¿Y que le ocurrió á ese caballero?

—Escucha su historia.



—En la primavera del año 1868, Patalallana contaba con 22 otoños y con 750 pesetas anuales.

—Poco era.

—No me interrumpas.

Por aquel tiempo vino destinado á esta, el Sr. Pantaleon que entre otras cosas, trajo dos pimpollos, con mas gana de *casaca*, que las que puedes tener tu de ser millonario.

Sea efecto de la naturaleza ardiente de Patalallana, sea que la proximidad del verano hizo circular la sangre en sus venas con agitacion alarmanante, sea lo que quiera; ello es, que el chico de mi cuento se enamoró tan locamente de Celia (la hija mayor de D. Pantaleon) que sin echar una mirada á su escaso sueldo y á su apetito de *car...* se casó.

Los dos primeros meses fueron deliciosos para

Patalallana. Con ropita nueva y cuarenta duros que como regalo de boda les remitió una tía de la mujer lo pasaron al pelo; pero llegó el tercer mes, y con él se acabaron los ahorros y empezó á salirle fleco á los pantalones. Para colmo de males, Célia sentía náuseas y mareos, síntomas de fecundidad.

Para un hombre de posición, el primer hijo es el colmo de la felicidad, para un pobre diablo es el primer paso para *Inglaterra*.

El quinto mes de matrimonio ya no cabía duda, Célia se redondeaba. Era indispensable pensar en el equipo del niño.

Afortunadamente, Patalallana se amoldaba á las circunstancias; principió por suprimir el café, á este siguió el vino de las comidas, mas tarde le tocó el turno al tabaco; y le faltó poco para suprimir el comer con tal de que á su futuro vástago no le faltaran los pañales y demás menudencias que, no por ser pequeñas se logran sin hacer de bolsos.

Llegó el día *fatal*; un lloro apenas perceptible le anunció á Patalallana que era padre.

A la alegría natural que experimentaba al

estrechar entre sus brazos al hijo primogénito se unía un dolor acerbo; aquel niño, al que quería con delirio, le esperaba una vida llena de privaciones, de miseria tal vez. Su madre era estéril para amamantarlo, y á la mente de Patalallana se presentaba un problema de difícil resolución: ¿Como sostener una ama de cria? Con los 3.000 reales, gracias que pudieran ir mal comiendo, y ¿como entregar aquel angelito á manos mercenarias? Las mujeres que se dedican á criar hijos ajenos por un corto estipendio, ya sabemos que trato les dan á las pobres criaturas.

El infeliz Patalallana se tiraba de los pelos al hacer estas consideraciones y no encontrar un medio con que salvar su desventura y salir adelante. Poco á poco se iba entrapando y contrayendo deudas sobre deudas; pero se echaba la cuenta de que así que su hijo dejara la lactancia, podría cumplir como caballero ;Vano propósito! Cuando un usurero le echa la garra á una víctima, difícilmente suelta la presa, y el pobre Patalallana había pedido prestado á un avaro de los que adelantan su dinero con un interés de 60 por ciento anual.

A mayor abundamiento de males, hubo crisis total de Ministerio y una de las primeras cesantías fué la de nuestro héroe.

¿Como describir el dolor de este desventurado? ¿Como dar una idea ni aun aproximada de la acogida que tuvo esta nueva desdicha?

Contra lo que esperaban sus compañeros (dado su debil character) ni una lágrima asomó á sus ojos, ni un suspiro se escapó de su garganta, ni un quejido salió de sus labios; unicamente su rostro se cubrió de cadavérico color y su andar era inseguro.

Al dia siguiente, en las inmediaciones de la Capital se encontró un suicida con el cráneo deshecho: reconocido el cadaver, resultó ser el del joven Tiburcio Patalallana.

*
**

—No me negarás Quesada, que, la historia de Patalallana no puede ser real; ejemplos como este estamos viendo todos los dias.

—Por eso las delicias del himeneo será probable no las disfrute jamás y siga impertérito y

agarrado con todas mis fuerzas al celibato; sinó por voluntad, por carecer del vil metal, ó precioso, como quieras llamarle.

—Ya ves mi querido Quesada que, estás muy lejos de la verdad, al creer que mi corazón no se ablande al contemplar los encantos de nuestras paisanas.

—Lo que veo es que te has vuelto muy filósofo, amigo Ortiz.

—Phes...



agarrado con todas mis fuerzas al celibato; sino
por voluntad, por carrear del vil metal, ó precio
so, como dijeras llámalo.

--Ya ves mi querido Querida que estás muy
lejos de la verdad, al creer que mi corazón no se
ablanda al contemplar los encantos de nuestras
pasionas.

--Lo que veo es que te has vuelto muy filósofo.

to, amigo Orión.

--Pier...

El desvelo de Paquita.

¡Caramba! que era difícil la elección.

No es extraño que Paquita se viera perpleja y apurada para decidirse.

Si Julio era un apuesto mancebo, no lo era menos Federico. Cada uno por su estilo representaba una belleza nada comun: en el primero admirábase la gravedad que cautiva; en el segundo sorprendía la animación de su semblante. Y que la amaban á cual más no le cabía la menor duda, bien se lo habían demostrado los dos.

Tipos diametralmente opuestos, convergían en un solo punto: en idolatrarla.

Federico se hacía simpático á primera vista. De estatura regular; ojos negros vivos é inquietos; nariz aguileña; labios rojos y ligeramente entreabiertos por su incesante risa, dejando asomar una dentadura blanca como la nieve; pelo negro y rizado; bigote fino y bastante poblado; y sobre todo la alegría del conjunto, hacían de él, sinó un hombre ello, un muchacho encantador é irresistible.

tible para las mujeres.

Tratándole aumentaba la simpatía. A su lado no era posible la tristeza. Siempre de buen humor, tenía el privilegio de hacer partícipes de su alegría á los que oían su conversación amena é inagotable. Corazón de oro, nadie le pidió un favor que fuera negado. Pródigo hasta la exageración, lo suyo era de todos. Excelente músico, cuando se sentaba al piano enmudecían los más parlanchines y unicamente se rompía el silencio con algun ¡bravo! escapado á los aficionados del arte de Rossini. Con un caracter así, no es raro que los hombres se disputaran su amistad y las mujeres soñaran con su amor.

Julio llevaba fama de buen mozo. Reunía á una figura elegante y distinguida una fisonomía varonil, grave, altanera sin afectación. Descendiendo á mayores detalles, no se sabía que admirar más en él; si la armonía del conjunto ó la corrección de las facciones. Su tez era blanca; pero con esa blancura mate de la que quedan pocos ejemplares; su barba, como su pelo, rubia, brillante y sedosa, cuidada con esmero; sus ojos de un ~~azul~~ azul oscuro, dulces y serenos de ordinario, aun-

que de mirada penetrante; su frente despejada; su nariz perfecta; su boca proporcionada: sus manos pequeñas y finas como las de una damisela; en fin, era lo que se llama un hombre hermoso.

Abogado eminentísimo, de palabra fácil y elocuente, cuando en los Tribunales de Justicia defendía á un delincuente, su oratoria fascinaba, sus argumentos no tenían réplica y por regla general salía con victoria de los mas intrincados y dudosos pleitos. Poeta muy aceptable, sus obras eran leídas siempre con agrado.

En el trato particular se le respetaba por su talento y formalidad, y si bien muchos lo tenían por orgulloso, para sus amigos era sencillo, amable y á ratos jovial.

Ahora que ya conocemos física y moralmente á los dos amantes de Paquita, fácil nos será comprender los sudores y las alternativas por que pasaba en la eleccion de marido.

Con la penetracion que tienen las mujeres, sobre todo si son listas como ella, no se le ocultaba la necesidad de contestar categoricamente á las reiteradas y apremiantes declaraciones de sus pretendientes; el irlos entreteniendo por más

tiempo con frases ambiguas podía dar lugar á que perdiera su reputacion sin tacha, y á que llegarán á cansarse ó se enfriara el amor de que estaba tan orgullosa.

* *
*

Penetremos en el dormitorio de Paquita, y andando de puntillas y conteniendo la respiracion para no asustarla, aprosimémonos á su lecho. Apagad esas llamaradas que brotan de vuestros ojos; desechad los impuros deseos que os hacen estremecer al pensar que vais á contemplar sus ebúrneas formas; calmad la excitacion de vuestros nervios; en vano será que recojais la pupila para distinguir mejor los objetos, os cansariais en valde. Me juzgais muy mal al creer que yo descubra el santuario de la virgen, oculto hasta la fecha á las profanas miradas de los indiscretos; si me atrevo á llevaros hasta la alcoba de la jóven, es porque tengo la seguridad de que las luces están apagadas, de que la oscuridad es completa: unicamente os aconsejo que aguceis el oido si deseais saber sus pensamientos mas íntimos, y que guar-

des secreto de lo que, creyéndose sola manifesté sin recelo, pues si llega á sospechar que la heamos escuchado, no nos perdonará jamás la indiscreción.

En esta noche ha de decidirse el porvenir de los protagonistas, lo ha prometido así á sus fieles adoradores y todos sabemos que es esclava de su palabra. Asistamos de incógnito á la batalla que va á librarse en el cerebro de la heroína antes de tomar una resolución irrevocable, batalla singular, en que los combatientes no esgrimirán otras armas que sus bellas cualidades. Más guardemos silencio que empieza el monólogo de Paquita.

*
**

¡Dios mio! Dadme la calma que necesito para apreciar en su justo valor el tesoro que encierra el corazón de cada uno de mis pretendientes..... Que no se atrofien mis sentidos.... Que vea con la claridad y lucidez del hipnotizado, hácia que lado se inclina el platillo que sostiene, tanto los cargos como los merecimientos á que se han hecho acreedores con su digna conducta para conmigo.

¡Oh! no me dejes á mi libre albedrío.... Ayúdame con tu sabiduría á salir de este caos.... Conduce mi pobre imaginación á puerto de salvación.....

.....

Si; Julio es la inteligencia, la sabiduría, la erudición.... en cambio Federico, es la alegría, la expansión, la jovialidad..... Julio me impresiona con su gravedad, Federico me seduce con sus locuras. A la palabra reposada, sentenciosa, inmutable del primero, sustitúyela el segundo con su locuacidad, sus chistes, sus oportunidades.

Si persuasiva y dulce es la del uno, mimosa como el arrullo de los pichones es la del otro. Julio convence, conmueve, llega al alma..... Federico fascina, atrae, arrebatata.....

Si viera alguna superioridad en uno de ellos.... pero ¡Nada! siempre iguales..... siempre cariñosos, siempre deseando averiguar mis menores caprichos para volar á realizarlos.... los dos enamorados con idéntico apasionamiento..... y mi corazón fluctuando entre ambos y sin saber á que lado decidirse.... ¡Dios mio! ¡Dios mio! Soy como el hierro dulce colocado en medio de dos imanes de igual potencia....

Que guapo es Julio, que fisonomía la suya tan noble, que ojos tan hermosos y que barba tan fina... ¡Oh! ¿Y Federico? Su rostro es un cielo sin nubes; que expresiva es su mirada, que gracia le hacen las sortigillas del pelo, con que soltura y con que sal lleva la ropa, y luego.... que campechano, que complaciente, que bueno..... ¿Cuando se me olvidará á mi la acción que presencié sin que el llegara á sospechar que se la estaba observando? Me parece que lo estoy viendo alargando el brazo para echar en el mugriento sombrero del pobre anciano una moneda de dos pesetas y expresar su cara la satisfacción al decirle «ahí vá todo mi capital, buen hombre.» Despues supe que para cenar aquella noche tuvo que pegársela á un amigo.... ¿Como no querer á este chico?

Julio no se si hubiera obrado con tanta ligereza, lo que no dudo es que el no llamaria á la puerta de un amigo solicitando un puesto en su mesa, preferiria acostarse en ayunas.

Al rasgo de generosidad de Federico hacen pendant los esfuerzos de Julio para aliviar á los huerfanitos. A su iniciativa se debe el estableci

miento benéfico en el cual se recoge á los niños abandonados, dándoles de comer, ropa para cubrir sus cuerpecitos y sobre todo una educación esmerada. El es el alma del asilo; él mantiene la fé de las almas caritativas para que no desfallezcan en su obra meritoria, él no se desdena en pedir, por cuantos medios cree seguros, el pequeño óbolo para hacer frente á los gastos que proporciona el sostener dicho establecimiento, y..... lo que yo considero mas digno, él les explica todos los días lo que les conviene para llegar á ser hombres de provecho.... Una sola vez he asistido á estas clases y se me saltaron las lágrimas al ver la amabilidad y el cariño con que explicaba á los niños un punto de moral, inculcándoles sanos consejos é induciéndoles á hacer el bien.... Que razón tiene al afirmar, que, de toda esa carne de presidio hará él hombres honrados y trabajadores.....

Si pudiera dividirme.... Si.... ¡vamos, me vuelvo loco!.... ¿Como acertar? ¿Como ceder mi mano á uno, sabiendo que desgarró, si tal hago, el corazón del otro? ¡Iluminame, Señor! ¡Sácame de esta situación anormal!

Casándome con Julio aseguro el porvenir..... Tiene riquezas y posée una bonita carrera. Antes de un año será Juez, y si le acompaña la suerte no se pasarán muchos sin que lo veamos de Presidente de una Audiencia..... En el Tribunal Supremo.... Acaso de Ministro, que todo puede esperarse de su talento.... ¡Ministro! ¿Quién sabe?... Yo la señora de un Ministro.... Vaya una envidia que les daría á mis amigas cuando me vieran colgada de su brazo.. Asistiría á las recepciones de Palacio.... Daría espléndidos bailes á los que acudiría toda la aristocracia.... Mi influencia no tendría límites.... Los más altos personajes se inclinarían en mi presencia.... Pero que tonta soy, aun cuando llegaran á realizarse estos castillos en el aire que ha levantado mi calenturienta imaginacion en un momento, ¿constituirían mi felicidad? ¿No seré más dichosa unida á Federico? ¿No me dice el triunfo que alcanzó en el concierto musical, celebrado hace poco, que posée el genio del arte?

¿No le espera la gloria?....

No.... No llegaré á una decisión..... Vendrá el nuevo día y seguiré con las mismas dudas.... Está visto **que** mi cariño lo disfrutaban los dos por igual...

¿Y ellos? ellos tambien me aman á mí con idéntica intensidad... Si Julio me dedica un libro de poesias, Federico le dá mi nombre á una polka compuesta expresamente para obsequiarme ¿pero que mayor prueba que la que me dieron cuando quise cerciorarme de que su amor no era fingido, arrojándome al rio? No habia llegado todavía al agua, cuando ya Federico, con la impetuosidad de su caracter, se tiró en pos de mi el puente abajo.... Julio sin perder la serenidad que no le abandona ni en los trances más apurados, se desembarazó de la ropa que pudiera impedirle los movimientos y llegó á tiempo de salvarnos á los dos ¿A quien debo estar más agradecida? ¿A Federico que no sabiendo nadar, expone la existencia al lanzarse al agua, guiado solo por su buen corazón y por el amor que me profesa, ó á Julio á quien debo la vida? ¡Oh! jamás he podido contestar satisfactoriamente á esta pregunta.

Ya amanece y continuo sin decidirme.... Que cabeza. Dios mio; parece una devanadera... En esta noche de insomnio ¿que he conseguido? ¿Que contestacion voy á darles...? Si, eso es.... les pediré un nuevo plazo.... Que el tiempo se encargue

de resolver nuestro destino....

*
* *

Como ha dicho Paquita, ya amanece; salgamos de su alcoba con el mismo sigilo empleado para entrar, no se aperciba de nuestra presencia y le ocurra la idea de ofrecer su mano al que castigue nuestra osadía; sería un medio de probar nuevamente á sus amantes, y ya hemos visto que no son cobardes.



Una broma pesada.



I.

El viento bramaba cual fiera acorralada; menudos copos de nieve hacían remolinos en el aire antes de caer al suelo; y eran llevados por el huracán de aquí para allí formando montañas gigantescas; la temperatura descendía de minuto en minuto haciéndose el frío insupportable; los cristales volaban hechos pedazos; las chimeneas se venían abajo; las casas amenazaban desplomarse; los árboles más corpulentos no resistían la furia del vendaval, siendo arrancados violentamente unos y desgarradas las ramas de otros; todo era ruina, desquiciamiento, desolacion, en aquella desapacible noche de invierno. No parecía, sino que se habían desencadenado los elementos contra los habitantes de la villa de X. El ruido producido por las tejas que, al desprenderse de su sitio iban á estrellarse contra los adoquines de las calles; las casas que se desmoronaban; los árboles que choca-

ban en las esquinas de los edificios; los faroles del alumbrado público que, hechos añicos, no permanecían un momento en quietud, y el viento silbando cada vez con mayor fuerza, contribuía á hacer espantosa y horrible la noche y á desalentar y abatir el ánimo más esforzado.

II.

Al rededor de desordenada mesa, en la que reina la confusion por doquier, conversan amistosamente, notándose en sus rostros los extragos producidos por el exceso de alimento, y sobre todo de alcohol, los compañeros de Ernesto, reunidos en su casa para conmemorar el día, ó mejor dicho la noche, del natalicio del anfitrión.

Por centésima vez llenó este las copas, y dirigiendo á sus amigos una mirada de reto, les dijo:

—Ea queridos, os veo muy flojos; apurad este anisado que está diciendo ¡bebedme! No se diga que llevamos fama de calaveras y nos rendimos á la primera copa como si fuéramos unas señoritas.

—Si, si, bebamos para matar el frio—contestó

Juanito Pérez; y uniendo la acción á la palabra tragó de un sorbo el contenido de la suya.

—Venga la mía —objetó el Petit enfant Seraffin (llamado así por sus amigos en armonía á su escasa estatura) haciendo pasar á su estómago el líquido que le ofrecía Ernesto, y besando al acabar el pié de la copa para probarles que á consumir no le ganaba un sacerdote.

—¡Bravo por el Petit enfant!

—¡Caracoles! nosotros no hemos de ser menos que nadie ¿verdad? —le interrogó Pepe Ojeda á Lopez al mismo tiempo que le zarandeaba para traerlo á mandamiento; pues ya tenía que hacer esfuerzos para no rendirse al sueño.

—¿Que? ¿que dices?—preguntó Lopez incorporándose y abriendo desmesuradamente los ojos, que pugnaban por cerrársele.

—Que por nosotros no ha de quedar mal puesto el pabellon, que no nos achicamos por copa más ó menos.

—Ni por mil tampoco —replicó al mismo tiempo que se la acercaba á los labios.

—Ahora te toca á ti Ernesto —dijo el Petit.

—Y para no desairarnos tienes que beber una

copa por cada uno—replicó Juanito.

—¿Tratais de emborracharme?

—Si á penas has trasegado lo que cabe un dedal.

—Que quereis, tengo que hacer os los honores: bonito estaría que yo fuera el primero en caer.

—Déjate de lilailas y, á beber.

—Si, si, que beba, que beba—gritaron á coro los demás.

—A tu salud Petit.

¿Y á la mia no?—le preguntó Ojeda presentándole otra copita.

—Vaya, no te incomodes por tan poco—respondió Ernesto echándose al colete el nectar que le daba Pepe.

—Pues á mi no me dejarás feo—objetó Lopez á la vez que le invitaba á repetir.

—Y á mi no ha de despreciarme—afirmó Juanito, escanciándole la cuarta copa y poniéndosela poco menos que en la boca.

—Os habeis propuesto sin duda, que coja una papalina; pero tanto peor para vosotros.

—¿Y Tomás? ¿se ha escapado?

—¿Calla? pues es verdad.

—¿Donde demonios se habrá metido?

—Con seguridad que está durmiendo la turca en algun rincón.

—Lo que estoy es contemplando la magestad de esta noche, grande en medio de su lobreguez replicó Tomás, saliendo del hueco de una ventana.

—Mira chico, ven á echar un trago y no te preocupes de lo que te debe importar un comino.

=¡Imponente, siniestra, soberbia!=continuó Tomás sin hacer caso á sus amigos.

—Ja, ja, ja.

=¿Os reis? ¡venid! ¡venid! y admirareis el panorama que se ofrece á nuestra vista; escuchad como ruge el viento, como arrastra los obstáculos que se oponen á su impetuosa carrera, como juega con el esqueleto de aquel farol, elevándole al nivel de las casas de mayor altura cual si fuera ligera pluma ¡Es sublime, severo, magnífico, maravilloso!

=¿No os lo decía? ya la pescó Tomás=les indicó Ojeda á sus compañeros, bajando la voz para que no le oyera el aludido

—Y sentimental=suspiró Juanito.

—Vamos hombre, contemplemos tanta maravilla—dijo Ernesto al pequeño Serafin agarrándolo del brazo. Los otros tres siguieron á estos aguijoneados por la curiosidad.

Apenas se asomaron á la ventana, la exclamacion fué general.

= ¡Vaya una noche de perros!

— ¡Menuda ventolera!

— ¡Esto es un ciclón!

= Pues aun no habeis visto lo mejor=objetó el soñoliento López—que no tenía una idea buena, dándole vuelta á la falleba y abriendo de par en par la ventana.

= ¡Uf! que frío.

— ¡Cierra esa ventana!

= ¡Majadero!

= ¿Nos quieres matar?

- ¡Bah! de que poco es quejais.

—Valiente noche está para andarse con bromas.

= Propongo que nos tomemos unas copas para quitarnos el frío que nos ha hecho pasar López= exclamó Ernesto.

= Acepto.

—Y yo.

—Y todos.

—¿De que la quieres, Ojeda?

—Ponme Coñac.

—¿Y á tí Petit, que te sirvo?

—Menta.

—Pues yo prefiero el rom, que da más calor—
observó Juanito.

—Opino que no hay nada como el escatron—
siguió Tomás al mismo tiempo que se llenaba la
copa de dicho licor.

—Tu, López ¿que tomas?

—Ya sabes que mi bebida predilecta es el
agenjo.

—Pues yo no quiero mas licores; voy á salu-
dar á las andaluzas saboreando al rey de sus vi-
nos, al insustituible Jerez; ved que triste está
como lo tenemos tan abandonado—dijo Ernesto,
descorchando una botella—¡Escelente!—exclamó
cuando hubo apurado la copa.

—Pero desgraciado ¿que haces, beber vino en
las copas de licor? —le increpó Juanito.

—Es verdad, eso se toma en vaso—añadió
Petit enfant.

—Por eso no hay nada perdido; vereis, esto se hace así—dijo López, cogiendo otra botella de Jerez y desgolletándola contra la mesa—Se llena el vaso y.... hasta veros Jesús mio.

—Vaya unas tragaderas que tiene este López.

—Te ha dado envidia el vinillo ¿he, Juanito? toma hombre, que para todos hay.

—No, no quiero.

—Si aunque afirmes otra cosa, los estás pidiendo con los ojos.

—Te equivocas.

—Va de ronda, conque no rehuses.

—En ese caso me someto.

—¿Habeis bebido todos?—preguntó Lopez, dejando desocupada la botella sobre la mesa.

—Todos—contestaron.

—En ese caso hay que pensar en hacer una de las nuestras antes de que se nos suba el vino á la cabeza y nos impida discurrir.

—Si, si. conmemoremos el Santo de Ernesto—exclamó el Petit enfant.

—Me adhiero á la idéa de dejar memoria del cumpleaños del anfitrión; pero démonos prisa, pues si no miente mi cronómetro son las once y

media—observó Tomás.

—Todavía nos queda media hora para preparar un plan dijo Juanito.

—¿Y que hacemos?—preguntó Ojeda.

—En salir á la calle no hay que pensar con la noche cruel que hace—objetó Ernesto.

—Precisamente nos favorece la noche para lo que me ocurre en este momento—indicó Petit enfant.

—¿A ver? ¿á ver? lo que se le ocurre al gigante Goliat—prorrumpió Tomás.

—Muy sencillo: cojemos cada uno una sábana y damos la vuelta á la poblacion; al vernos nos toman por fantasmas ó por ánimas del otro mundo salidas del infierno para hacer mas tenebrosa y tétrica la noche; Y no serán sustos los que se lleven!

—Pero criatura ¿eres que anda alma viviente por las calles? el bromazo sería para nosotros ¿no ves que ni los enamorados se atreven á pelar la pava con sus Dulcineas por miedo á que los arrastre el viento ó á convertirse en témpanos?—le replicó Ernesto.

—Pues vosotros dirais; mas os advierto que el

tiempo apremia.

—Vaya; como siempre, tendré que ser yo el que decida—objetó López

—¡Ah pícaro! Con seguridad que tenías ya formado el programa hace un mes le increpó Ernesto.

—No, la chispa ha brotado al asomarnos á la ventana y ver lo desapacible de la noche; entonces se me ha ocurrido la idea de...

—Que será diabólica, como todas las tuyas —dijo Ojeda interrumpiéndole.

—Juzgad vosotros, y si la encontráis aceptable, á ponerla por obra inmediatamente.

—Somos todo oídos—dijo Juanito.

—¿Y contra quien va el disparo?—añadió Tomás.

—Como vereis, mataremos dos pájaros de un tiro.

—Al grano, al grano —replicó con impaciencia Petit.

—Empiezo: No muy lejos de aquí, vive el Doctor Andrada, hombre gruñon como pecos y esclavo de su profesion. Si le avisamos para que vaya á asistir á un enfermo, tocará el cielo con

las manos, clamará contra el que con tanta oportunidad viene á interrumpirle el sueño en una noche tan borrascosa, le hará cosquillas el abandonar el lecho á hora tan intempestiva; pero el aguijon de la conciencia, mas fuerte en él que la pereza, le hará saltar de la cama y correr al lado del paciente ¿que os va pareciendo?

—Adelante.

—Ahora bien, si el enfermo se llama Marquesa del Salitre, aunque cayeran chuzos de punta no habian de amedrantarle ni impedir que volara á su palacio para asistirle; se dejaría sacar los ojos antes que indisponerse con ella... Figuraos la escena entre la Marquesa y el Doctor cuando comprendan que los han engañado como á unos chinos; que cara pondrán, con seguridad que se tiran de los pelos de rebia.

—¡Vaya un chasco!

—¡Hurra por López! exclamó con voz formidable Juanito.

—¡Brindemos á su salud!—añadió Ojeda.

—No hay nadie como él para urdir una broma —siguió diciendo Petit enfant.

—Es el diablo este López—afirmó Ernesto.

—Veo un pequeño inconveniente—hizo observar Tomás cuando los ánimos se hubieron calmado.

—¿Cual?

—El que no consienta el criado de Ernesto ir á llamar al Doctor Andrada.

—¿Y que? vamos uno de nosotros—replicó López.

—¿Y quien es el majo que le pone el cascabel al gato? porque no está solo en afrontar el frío, sino que nos pueden conocer, y entonces, á más do no creer en la enfermedad de la Marquesa, y por lo tanto desbaratarse el plan, puede tambien el Doctor dar parte de nosotros á las autoridades y salirnos cara la burla.

—Que cándido eres ¿te figuras que al que le toque en suerte dar la voz de alarma va á ir en su traje? se disfraza imitando al jardinero de la Marquesa, y que averigüe de donde viene el bromazo.

—A sortear pues.

—Un momento, señores; antes de verificarse el sorteo, comprometámonos formalmente á no retroceder por miedo al frío, al viento, ó á otra

causa cualquiera —dijo Juanito.

—Es verdad, el que no cumpla que pague un almuerzo—añadió Petit.

Hechas estas salvedades y conformes unánimamente, introdujeron en un sombrero cinco papeletas con los nombres de los cinco convidados, exceptuando á Ernesto como amo de casa. Después de agitar este el sombrero en todas direcciones para que no cupiera la menor duda de que no había trampa, sacó una de las papeletas: el designado por la suerte fué Pepe Ojeda.

Inmediatamente se desfiguró el rostro, tiznándose con un corcho quemado, se envolvió en una anguarina que encontraron en la buhardilla, se encasquetó una gorra de pelo, y con la mayor cautela y disimulo, cruzó la distancia que mediaba entre ambas casas.

—Las doce daban en el reloj de la villa cuando así el picarporte; pero esto—como dicen en las novelas por entregas—merece capítulo aparte.

III.

—¿Sabes José que hace frío de veras? que no-

che, si no puedo entrar en calor.

—Arrópate bien.

—No te muevas hombre, me dejas helada cada vez que estiras los brazos ó las piernas ¿de que me sirve á mi meter la cabeza entre las sábanas?

—Que quieres hija, no voy á estar siempre en la misma posición.

—¿Oyes el viento? me temo que se abra el balcón.

—Otra cosa temo yo más.

—¿Que?

—Que vengan á llamarme para asistir á algun enfermo.

—No vas.

¡Claro!

—Dices que estás delicado y que esperen al dia.

—Que bien hablas; como si los males dieran espera.

—No tengas miedo ¿quien se atreve á salir de casa con este tiempo?

— Ya sabes lo que es mi estrella, siempre me han hecho abandonar la cama en las noches mas crueles.

Como si estuvieran aguardando á que el Doctor Andrada (pues no era otro el que se lamentaba con su mujer de la inoportunidad de las llamadas) diera rienda suelta á su pesimismo; dos aldabonazos, dados con mano vigorosa, vinieron á interrumpir el coloquio de los esposos.

—¿Que te decía? ¿has oído? ¡Maldita sea mi suerte!

—Me parece que han llamado; pero acaso no sea aquí.

Por si les quedaba alguna duda, otros dos golpes mas fuertes que los anteriores repercutieron hasta ellos, desvaneciendo por completo la esperanza de que no fuera en la puerta de su casa donde llamaban.

—¡Voto á...!

—Mira José regularmente será para alguna pamplina, así es que lo mejor es hacernos los dormidos.

— ¡Nada, nada, yo nací en martes!

—¿Pero te vas á vestir?

—¿Y que voy á hacer? ¿Voy á dejar morir á un cristiano por no incomodarme—decía refunfuñando el Doctor á la vez que se abrochaba los

pantalones?

Tán, tán.

—¿Quién llama?

—Soy yo, el jardinero de la Señora Marquesa del Salitre, que vengo á llamar á V. para que vaya sin pérdida de tiempo al palacio.

—¿Pues que ocurre? ¿quien se ha puesto malo?

—La señorita Encarnación que ha llevado un susto mayúsculo, y por lo que he podido comprender, á consecuencia de esto se le ha adelantado el parto.

—¿Y ha dado á luz ya?

—No señor; pero siente los dolores.

—Jesús, Jesús, como estará la pobre Marquesa: Dígale V. que voy inmediatamente.

—Cuanto antes mejor para que tranquilice V. á aquella familia; y abríguese V. bien D. José, que está una noche infernal.

—Mala está de veras; mas se me figura que se ha aplacado algo el viento.

—En cambio nieva abundantemente.

—Vaya; pues si me espera V. un momento enseguida bajo.

—Dispenseme V., tengo que avisar al otro

hijo de la Señora Marquesa y no puedo detenerme.

—¿A quien le urge tanto el auxilio de la ciencia—le preguntó á Don José su señora al ver que este se llenaba los bolsillos de instrumentos.

—A la hija de la marquesa.

—¡Dios mio! No, no vas, no puedo consentir que te expongas por esos caminos: si estuviera cerca la casa; pero dos kilómetros... y por despo blado...

—Que quieres: mi profesión lo exige, mi deber lo manda, mi conciencia me dicta no abandonar á la enferma.

—Pues se habrá puesto mala de repente, porque ayer la vi yo.

Según el hombre que ha venido á avisar, á consecuencia de un susto se le han presentado síntomas de alumbramiento.

No hablaron más los esposos: el Doctor se envolvió cuidadosamente en un carril de los que se llevaban hace veinte años, se calzó unos guantes forrados de bayeta, se introdujo hasta los ojos una gorra de piel de nútria, empuñó un nudoso garrote y llamando al perro, su compañero inseparable

emprendió la caminata hacia el palacio de la Marquesa del Salitre.

Aquí caigo, aquí me levanto; después de media hora de marcha, aprovechando los intervalos en que el viento se calmaba algún tanto, para orientarse, se presentó á la vista de D. José el palacio de la Marquesa; mansión encantadora en los meses de primavera y verano, pero lúgubre por su aislamiento y soledad en invierno, é imponente y pavorosa en el momento en que el Doctor alzaba la vista al cielo dando gracias á Dios por haber llegado sin incidentes de gravedad al término de su jornada y tiraba violentamente de la cadena para anunciarse.

Un sonido grave primero, luego la vibración que se va amortiguando paulatinamente, después... ¡Nada! Sin duda no habían oído la campana los habitantes de palacio preocupados con la enfermedad de la Marquesa; sin embargo, el silencio que reinaba dentro de palacio llamó la atención y su asombro no tuvo límites al observar que la obscuridad era completa; en vano fué que escudriñara todos los balcones y ventanas, en ninguno se percibía el más ligero vestigio de luz; y el

frío le penetraba ya hasta los huesos haciéndole dar diente con diente.

Repetidas veces volvió á llamar obteniendo siempre el mismo resultado. Viendo que nadie daba señales de vida, ni salían á abrirle la verja, sacudió esta con sus ateridas manos á ver si cedía á los esfuerzos, loco empeño de su imaginación calenturienta! los barrotes estaban hechos para desaliento y desesperación de ladrones.

Un cuarto de hora más de espera y no podría resistir el frío; ya notaba que sus miembros se entumecían, que las piernas se negaban á sostenerlo, que la sangre circulaba con dificultad por sus venas. Quiso entrar en reacción por medio del ejercicio, y al primer paso cayó cuan largo era sobre la nieve.

A no haber perdido el conocimiento, hubiera visto con alegría aparecer del fondo del jardín una lucecilla, ir tomando incremento y disminuir de distancia lentamente, á poco hubiera oído unos pasos que se acercaban; después unos cerrojos que se descorrían; enseguida una horrible blasfemia; hubiera sentido que le aproximaban un farol á la cara; que unas manos callosas buscaban los

latidos de su corazón; que esas mismas manos introduciéndose por sus sobacos le hacían tomar la posición vertical; después que unos brazos vigorosos rodeaban su cintura levantándolo en vilo; que otras manos más delicadas le asían de los piés, al mismo tiempo que una voz dulce interrogaba y otra áspera respondía; que las dos prorrumpían en exclamaciones de asombro; hubiera notado que le despojaban de la ropa; que lo irruaban sobre una cama tibia todavía, como si hiciera poco que la hubiesen abandonado, y por último... más de esto si que se dió cuenta, que le desollaban las piernas á fuerza de restregárselas para hacerle entrar en calor.

Al volver á la vida y hallarse acostado en el lecho de los jardineros, recordó la causa por la cual se encontraba en aquel estado; así es que, antes de darles las gracias por haberle salvado de una muerte indudable, y con la impaciencia pintada en el rostro, les preguntó por la salud de Encarnación.

Cual no sería su asombro al escuchar de labios de aquel caritativo matrimonio, que la señora no había tenido novedad, y que, ni ellos ni

nadie del palacio fueron á avisarle para que visitara á la hija de la Marquesa y le asistiera á un parto imaginario.

¿Que era entre tanto de los autores de la broma? Como animales irracionales se hallaban tendidos por el suelo con la cara pegada á las trias baldosas. Morfeo los tenia aprisionados para algunas horas.

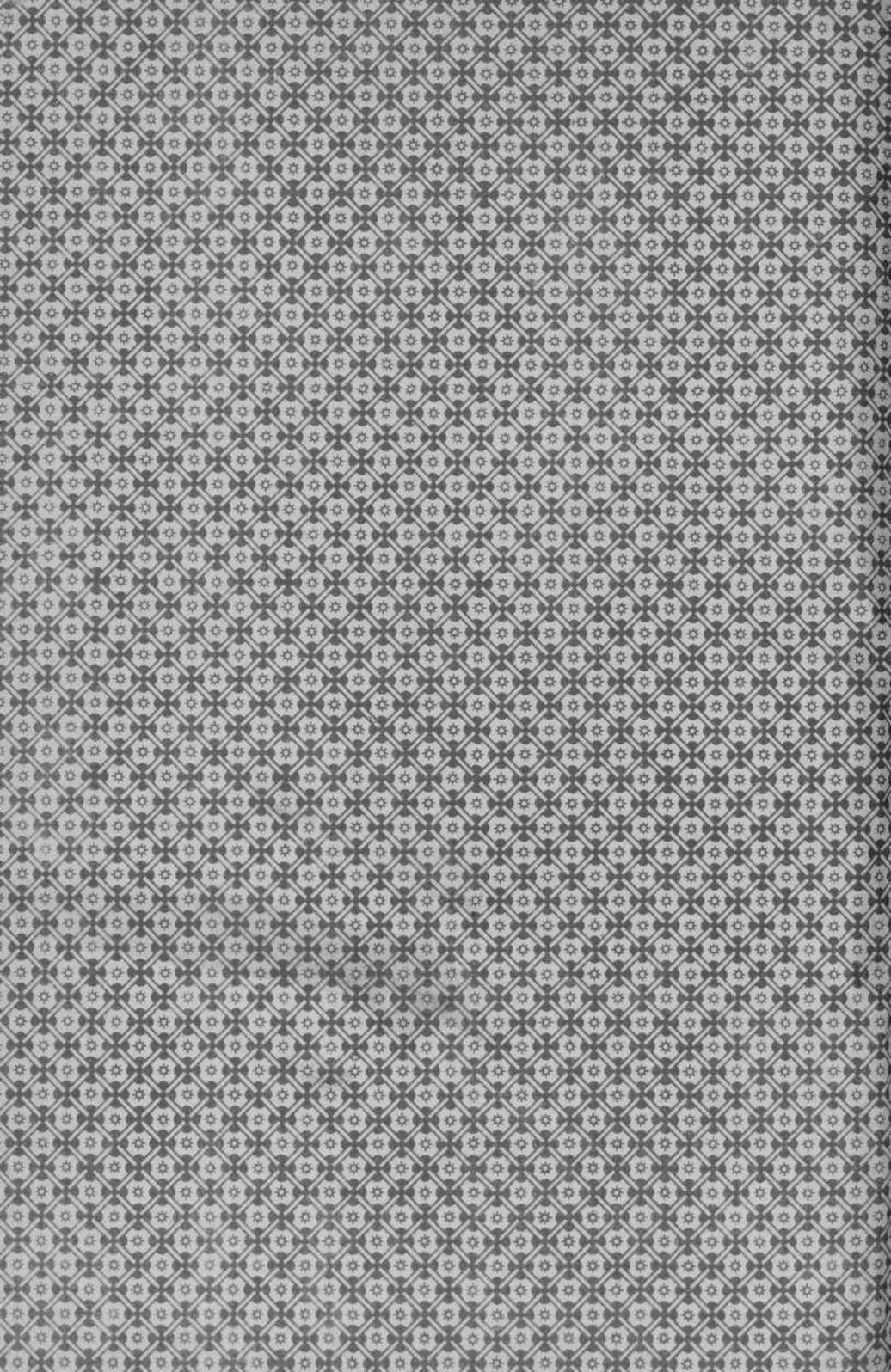
Todo se paga en este mundo; y ellos pagaban su tributo al alcohol.

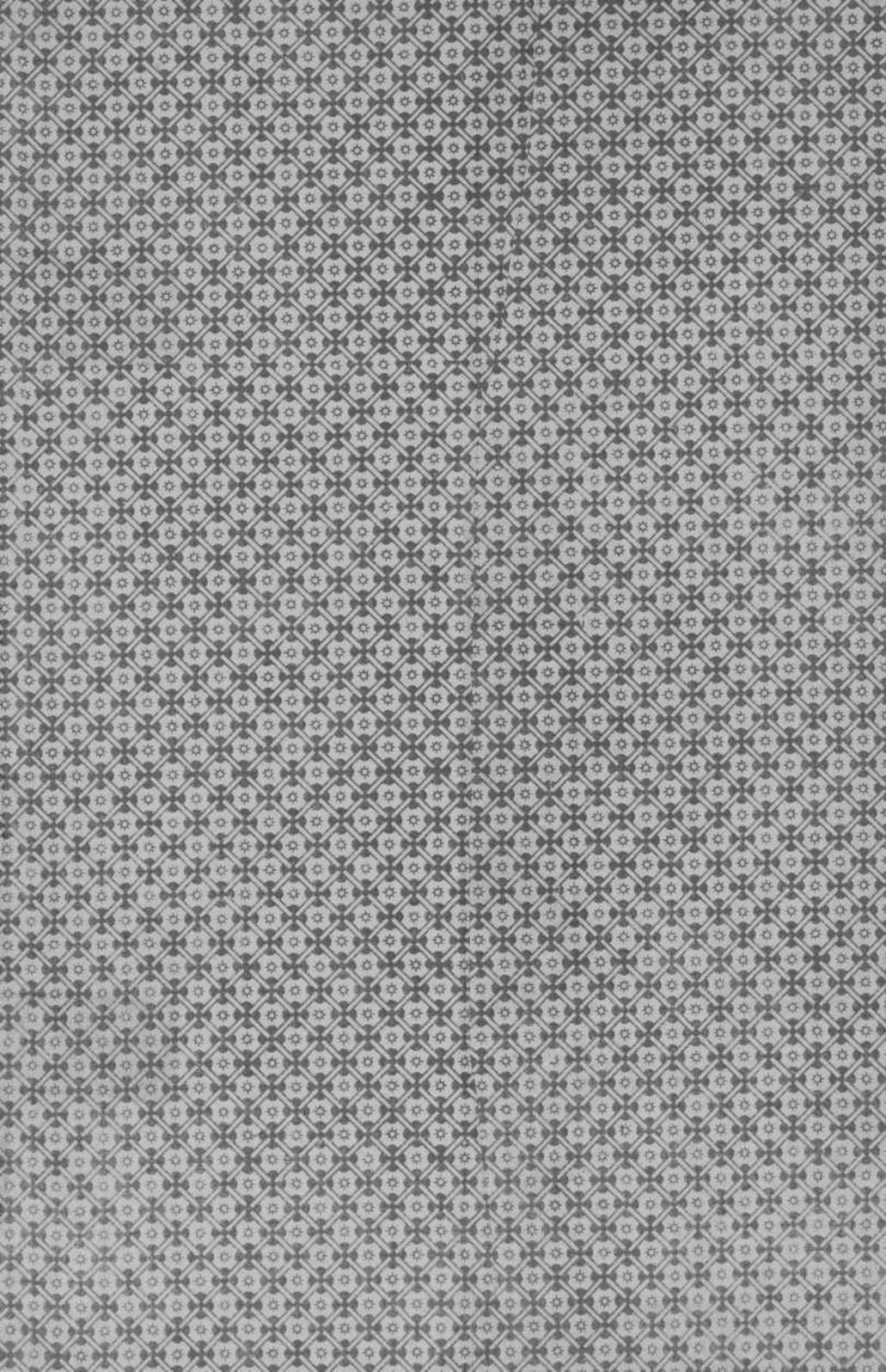
FIN





Completado
para asegurar por la paginación
faltan los pape 119 a 116
Al principio se dice que
no falta nada que
completar







AYL

Paellas literaria

860-3

AYL

pac